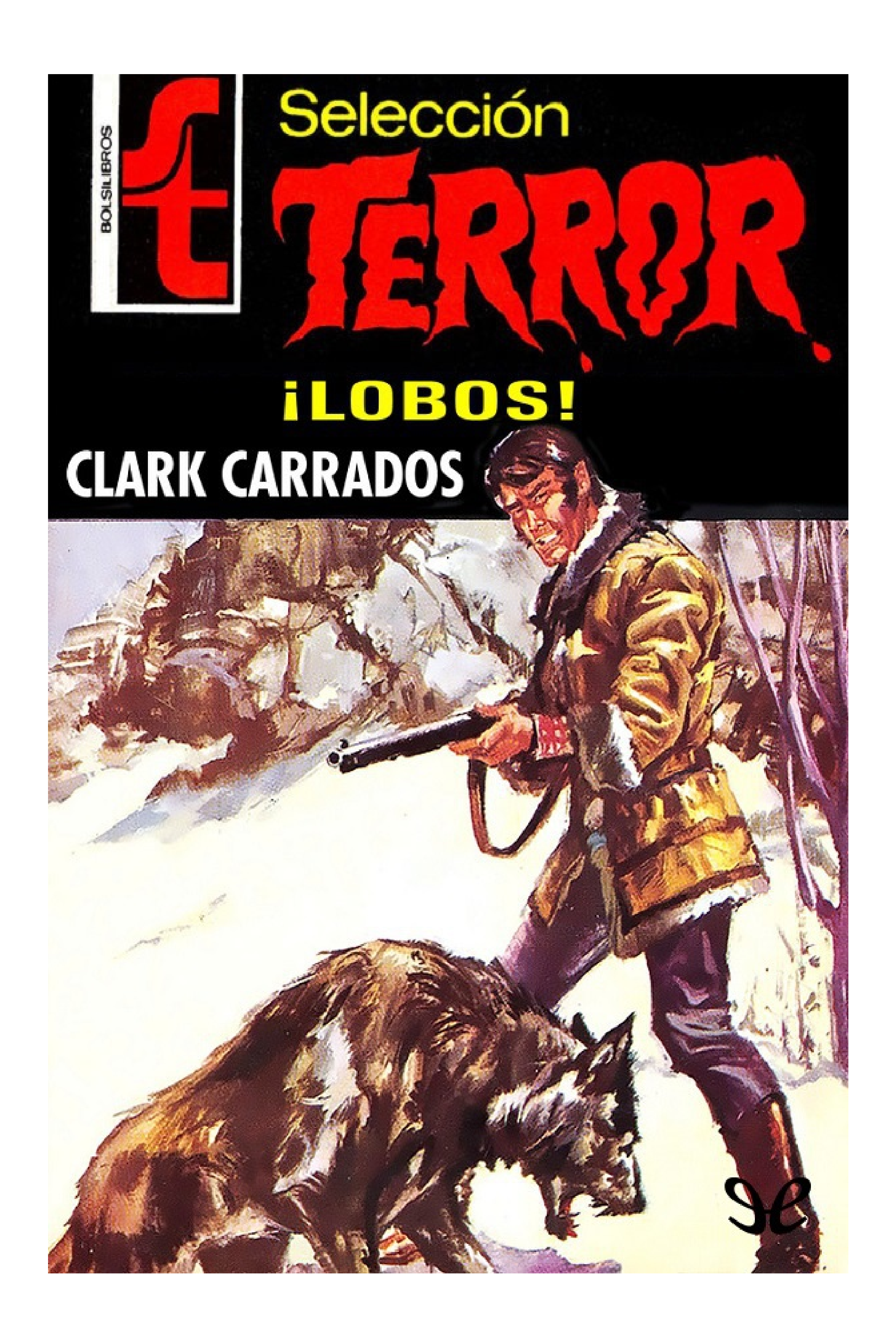

BOLSILIBROS
Selección
TERROR
¡LOBOS!
CLARK CARRADOS

Cuando el hombre extraviado vio la luz que brillaba entre el espeso bosque, lanzó un enorme suspiro de alivio.

Al mismo tiempo, un lobo aulló a lo lejos. Emil Kapp miró con aprensión a su alrededor.

El tiempo era frío, aunque todavía no había señales de que fuera a nevar. Kapp, sin embargo, no podía descartar la posibilidad de ser atacado por un lobo. Ya se lo habían advertido en Bawurass, cuando declaró en la posada sus intenciones de cazar un buen venado.

La noche se le había venido encima casi sin sentirlo. En el bosque de Kirsonfeld no había senderos apenas. Cuando Kapp se dio cuenta, ya estaba perdido.



Clark Carrados

¡Lobos!

Bolsilibros: Selección Terror - 118

ePub r1.1
xico_weno 31.08.16

Título original: *¡Lobos!*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



[image]

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando el hombre extraviado vio la luz que brillaba entre el espeso bosque, lanzó un enorme suspiro de alivio.

Al mismo tiempo, un lobo aulló a lo lejos. Emil Kapp miró con aprensión a su alrededor.

El tiempo era frío, aunque todavía no había señales de que fuera a nevar. Kapp, sin embargo, no podía descartar la posibilidad de ser atacado por un lobo. Ya se lo habían advertido en Bawurass, cuando declaró en la posada sus intenciones de cazar un buen venado.

La noche se le había venido encima casi sin sentirlo. En el bosque de Kirsonfeld no había senderos apenas. Cuando Kapp se dio cuenta, ya estaba perdido.

Ciertamente, contaba con un buen fusil de caza y una canana repleta de cartuchos, pero el arma podía resultar insuficiente ante el súbito ataque de un lobo. Por dicha razón, se alegró mucho al ver la luz.

Caminó con paso vivo. Las ramas de los arbustos dificultaban a veces su marcha. Se preguntó cómo podría vivir alguien en semejantes parajes. Hermoso lugar, de día y con sol, ciertamente, pero harto tétrico durante la noche y más con la luna oculta por un espeso banco de nubes.

Casi de repente, llegó a la puerta de la casa. Era grande, de planta y piso, con el tejado a dos aguas, muy inclinado. Por lo poco que podía ver, era un edificio muy viejo, con las vigas maestras a la vista.

—Aquí debe de vivir una bruja —murmuró.

Buscó el llamador. Se estremeció al ver que era una cabeza de lobo. Pero se rehízo y golpeó un par de veces. Los sonidos rebotaron con lúgubres ecos en el interior de la casa.

La puerta se abrió y un chorro de luz dio en la cara de Kapp.

Una mujer viejísima, de abundantes cabellos blancos, no muy bien peinados, y cara llena de arrugas, le miró inquietamente.

—¿Qué desea, señor? —preguntó con voz cascada.

Kapp tragó saliva. «Parece una bruja de cuento», pensó.

—Señora, me he perdido… Soy un cazador que…

—Pase, pase, caballero —invitó la mujer, bastante encorvada, apreció Kapp—. El bosque de Kirsonfeld es muy traicionero para quienes no le conocen bien; no me extraña en absoluto que se haya perdido. Mi casa es pobre, pero puedo concederle alojamiento por esta noche.

—Pagaré lo que usted me pida, señora.

—Hoffer, Andrea Hoffer —dijo la vieja—. Siéntese junto al fuego; en seguida le traeré una botella de vino y algo de cenar. No tengo mucho, pero me imagino, que usted, como hombre joven, tendrá un magnífico apetito.

—Algo de eso hay, señora Hoffer —concedió Kapp con una sonrisa de circunstancias.

La vieja se marchó. Kapp quedó solo en el centro de una espaciosa sala. Había una gran chimenea, con algunos leños ardiendo. Los muebles eran muy antiguos, de madera carcomida en muchos puntos.

A la derecha se veía una escalera que conducía al primer piso. Pese a la relativa magnitud de la casa, Kapp pudo darse cuenta de que la decoración, dejando de lado su edad, era bastante pobre. Sin embargo, los muebles no escaseaban.

La señora Hoffer vino poco después, con una bandeja. Kapp probó el vino, tinto, espeso, un tanto dulzón. Después de la fatiga de horas y horas de caminar por el bosque, el alcohol le entonó considerablemente.

La cena consistió en un plato de patatas, con verdura y algo de carne, larga y fibrosa. Kapp se sentía intrigado por saber de dónde obtenía la vieja aquellos manjares, pero estimó que no sería correcto preguntárselo.

Al terminar de cenar, ella le ofreció un tarro con guindas en aguardiente. Kapp tomó algunas, encontrándolas exquisitas.

—He cenado maravillosamente —dijo—. Considero como una verdadera fortuna haber encontrado su casa, señora Hoffer.

Ella sonrió, pero no dijo nada. Recogió los platos y se marchó,

para volver minutos más tarde.

—Tiene su habitación preparada —manifestó—. Es la primera puerta del piso superior.

—Gracias, señora Hoffer, pero me gustaría demostrarle mi gratitud con algo más que simples palabras.

Ella alzó una mano sarmentosa.

—No hablemos de eso ahora. Buenas noches, señor Kapp —se despidió.

—Buenas noches —dijo el huésped.

A continuación, Kapp consultó la hora. Pasaban ya de las once de la noche. «¡Qué tarde se me ha hecho!», pensó.

Lentamente, ahogando un bostezo, subió al primer piso. De repente, ocurrió algo increíble.

Una hermosa muchacha, ataviada con largos ropajes blancos, sueltos y casi transparentes, pasó por su lado, dirigiéndole una sonrisa hechicera.

—Buenas noches, señor —saludó la joven.

—Bue… nas noches… —tartamudeó Kapp.

La chica tenía el pelo rubio, muy largo, cayéndole en ondulantes cascadas sobre la espalda apenas velada por el fino tejido que cubría su esbelto cuerpo. Kapp, con la boca abierta, la miró hasta que la vio desaparecer en la puerta situada más al fondo del corredor.

—Cielos, qué visión —dijo.

Todavía aturdido, entró en su dormitorio. Por un momento, pensó en ir al de la chica para conversar con ella, pero rectificó casi en el acto. No sería discreto, se dijo.

Cerró la puerta y se quitó la chaqueta. Un candelabro de tres brazos, con las velas encendidas, daba luz suficiente a la estancia, en la que divisó un lecho amplio y cómodo. Dormiría bien, pensó, sintiendo que la fatiga volvía de nuevo.

De repente, oyó un estridente alarido.

* * *

Kapp sintió que los pelos se le ponían de punta. El alarido se repitió, junto con otros sonidos estremecedores. Atraído por una morbosa curiosidad, Kapp se acercó a la puerta y la abrió.

La chica rubia corría escaleras abajo, perseguida por la vieja,

que blandía un enorme látigo, cuyos chasquidos sonaban terroríficamente. Pasmado de asombro, Kapp pudo darse cuenta de que la señora Hoffer no demostraba en modo alguno, por su agilidad, tener los años que aparentaba.

Al mismo tiempo, la señora Hoffer lanzaba terribles imprecaciones contra la muchacha, cuyos gritos de pánico y de dolor torturaban los oídos del huésped.

—¡Maldita zorra! ¡Deja en paz al huésped! ¡Todavía no es tu hora; yo te avisaré cuando llegue el momento de alimentarte! ¡Perra, maldita perra!

Kapp se quedó viendo visiones. Corriendo desesperadamente, las dos mujeres desaparecieron de su vista en contados segundos.

Sudando, cerró la puerta y se apoyó en ella. ¿Había soñado?, se preguntó.

Por un momento, concibió la idea de saltar por la ventana y abandonar la casa. Pero, en el mismo instante, oyó el aullido de un lobo.

La fiera, calculó, estaba a menos de cien metros de la casa. Más lobos ulularon en la noche. De pronto, se oyó el rumor de un fuerte vendaval.

Kapp se acercó a la cama. Dudaba. ¿Qué debía hacer?, se preguntó una y otra vez.

Pero estaba cansado. Tal vez la chica era nieta de la vieja, quien la tenía sujeta a un dominio despótico e intolerable. ¿Cómo era posible, se preguntó, que una muchacha tan hermosa y dulce pudiera vivir en aquella casa perdida en el bosque?

Por precaución, se tendió en la cama vestido. Lentamente, empezó a sentir que el sueño cerraba sus párpados.

Los silbidos del viento cesaron a poco. De repente, un sonido extraño sacó a Kapp de aquella especie de torpor mental que no era el sueño completo.

Eran voces de mujer.

Y cantaban.

Kapp se puso en pie. Había apagado las velas. Se acercó a la ventana y pudo darse cuenta de que las nubes se habían disipado. En el cielo brillaba la luna como un disco de plata.

Las mujeres cantaban y bailaban, desnudas, con las manos unidas, en el pequeño claro que había frente a la casa. Al otro lado

de aquel corro, Kapp vio unos puntitos fosforescentes, completamente inmóviles, por parejas.

Tragó saliva. Los lobos contemplaban la danza de las mujeres. Todas eran jóvenes y bellas. Kapp reconoció a la chica rubia que se había cruzado con él en el corredor.

De repente, se abrió la puerta de la casa.

—¡Ahí tenéis vuestra comida! —Sonó una voz femenina.

Las mujeres aullaron horriblemente. Un hombre, tambaleándose a causa del empujón recibido, salió al claro. Seis hermosas mujeres se arrojaron sobre él.

Los lobos aullaron. Por encima de sus aullidos, Kapp oyó una estridente carcajada. Estaba seguro de que brotaba de la garganta de Andrea.

El hombre cayó al suelo. En un instante fue oculto por la masa de hermosas formas femeninas que se habían abalanzado sobre él. De pronto, la dulce chica rubia alzó la cabeza y miró hacia la ventana.

Kapp retrocedió un paso. La dulzura había desaparecido de aquel hermoso rostro. Había sangre en su cara y su cuello… ¡y aquella sangre era la del hombre caído en el suelo!

Luego, la chica rubia continuó su macabro festín. Kapp hubiera querido apartarse de la ventana, pero una especie de morbosa fascinación le tenía como sujeto al suelo por los pies.

De pronto, apareció Andrea.

El látigo chasqueó en sus manos.

—¡Basta, perras! —gritó—. Dejad su parte a los lobos. ¡A vuestros lechos!

El látigo restalló sobre las espaldas de las mujeres. Éstas se incorporaron con las bocas manchadas de rojo. Reían y gritaban, como borrachas, sin sentir los latigazos que azotaban sus hermosos cuerpos desnudos. Andrea parecía una domadora, azuzando a sus fieras para que volviesen a la jaula.

El claro quedó libre. Entonces, una docena de lobos hambrientos cayeron sobre el cuerpo ensangrentado. Kapp no lo pudo resistir más y se desmayó.

* * *

Cuando despertó, se encontró tendido en la cama.

Había luz en el dormitorio. Sentada ante el espejo, una bella mujer se cepillaba sus largos cabellos negros.

Kapp se incorporó sobre un codo. Un muelle crujió y ella volvió la cabeza.

—Ah, te has despertado —sonrió.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Kapp.

Ella se puso en pie. Kapp captó la singular expresión de sus ojos, grandes y rasgados, de pupilas rojizas. La edad de la mujer era indefinible; lo mismo podía tener treinta que cuarenta años.

Pero era muy hermosa, más que ninguna de las que había visto. Vestía un transparente peinador negro, a través del cual se adivinaban unas formas de diosa.

—Soy Ilse —dijo con voz de agradables tonalidades.

—Ilse, ¿qué más?

—Eso no importa ahora, querido.

Ilse se sentó en el borde de la cama. Sus brazos, de blancura nívea, emergieron del peinador, y se enroscaron en torno al cuello del hombre.

—No temas —susurró.

Kapp se sentía fascinado por el débil perfume que emanaba del cuerpo de Ilse. Ella buscó sus labios y Kapp cedió.

Durante unos segundos, las dos bocas permanecieron ardientemente unidas. Luego, Ilse rompió levemente el contacto. Sus labios resbalaron por la barbilla del joven.

De pronto, Kapp notó un áspero contacto en la cara. Bizqueó un poco para mirar.

Un horrible alarido brotó de su garganta. Los suaves brazos de Ilse se habían convertido en unas patas cubierta de áspero pelaje y su boca estaba ahora armada de unos feroces colmillos.

Kapp volvió a gritar cuando sintió en su carne la mordedura de la fiera.

CAPÍTULO II

Con ágiles zancadas, Dieter Wanderer atravesó la explanada que había frente al hospital, subió de dos en dos los peldaños de la escalinata central y entró en el edificio, dirigiéndose rectamente a la recepción.

—Soy Wanderer —se presentó—. Tengo entendido que me ha llamado el señor Kapp.

—En efecto, señor Wanderer —corroboró la recepcionista, tras consultar una agenda—. El señor Kapp le llamó a usted a poco de ingresar en este hospital y el comisario Fahnenburg ordenó que se aceptase esa llamada.

—¿Un comisario? —Respingó Wanderer—. ¿Qué tiene que ver la policía en este asunto?

—Lo ignoro, señor —contestó la chica—. Pero le recomiendo suba cuanto antes a la sexta planta, habitación catorce.

—Gracias.

El ascensor le llevó rápidamente a la planta indicada. Buscó la habitación señalada con el número 14, pero antes de que pudiera llegar a la puerta un hombre le cerró el paso.

—¿Wanderer?

—Sí, yo mismo.

—Soy el comisario Fahnenburg —se presentó el sujeto, bajo y macizo—. No entre todavía; el doctor Wilhelms está aún con su amigo.

—¿Qué le ha pasado a Emil? ¿Sabe algo, comisario? —preguntó Wanderer ansiosamente.

Fahnenburg meneó la cabeza.

—La historia es un poco rara —contestó, a la vez que sacaba la pipa y la bolsa del tabaco—. Su amigo Kapp fue encontrado medio desangrado y sin conocimiento, en las inmediaciones de Bawurass.

El médico de ese pueblo le atendió como mejor pudo, pero pronto pudo darse cuenta de que su amigo necesitaba mejores cuidados de los que él podía prodigarle.

—¿Y…?

Fahnenburg encendió la pipa pausadamente. Después de unas cuantas complacidas bocanadas de humo, contestó:

—Kapp recobró el conocimiento cuando era curado por el médico de Bawurass. Deliraba, según el galeno. Y contó una historia increíble.

—Vamos, inspector, no se interrumpa —le apremió Wanderer—. Conozco bien a Emil Kapp y sé que es un hombre ponderado y sensato. No puedo imaginarlo siquiera contando fábulas acerca de su herida.

_—Bueno, todo depende de lo que piense cada cual, señor Wanderer. A mí, la historia de su amigo, francamente, me parece increíble.

—¿Por qué?

—Su amigo fue de caza al bosque de Kirsonfeld. Se perdió, según parece, hecho corroborado por el dueño de la posada de Bawurass, y se quedó, forzosamente, en aquel bosque, en el que, dicho sea de paso, abundan los lobos. Simplemente, un lobo le atacó, aunque él pudo escapar, si bien gravemente herido.

—Bien, eso es deplorable, pero no extraño, comisario.

—El caso es que su amigo dice que fue una loba la que le mordió.

—¿Cómo diablos pudo averiguar de noche el sexo de la fiera que le atacó? —exclamó Wanderer malhumoradamente.

—Bueno, es que era una mujer.

Wanderer se pasó una mano por la cara.

—¿Comisario, está loco? —barbotó.

—Yo, no, en todo caso, su amigo. El dice que estuvo con una hermosa mujer, en la casa del bosque de Kirsonfeld, y que, de repente, se transformó en lobo, o en loba, tanto da, y quiso devorarle. Su amigo es muy robusto y pudo defenderse y escapar…, pero, personalmente, creo que todo eso lo contó bajo la impresión del ataque de la fiera y en el delirio que le causó la herida. Seguramente lo soñó y él lo tomó por la realidad, ¿comprende?

La puerta de la habitación número 14 se abrió en aquel

momento. Un hombre de bata blanca, seguido de una enfermera, salió al corredor.

—Pueden pasar, pero les concedo solamente cinco minutos —dijo el doctor Wilhelms—. ¿Quién de ustedes dos es Dieter Wanderer?

—Yo, doctor —contestó el aludido.

—Su amigo le llama constantemente. Por favor, procure no hacer demasiado caso de las fantasías que relata, ¿entendido?

—Sí, doctor.

—Un momento —intervino Fahnenburg—. Doctor, ¿cuál es el origen de la herida del señor Kapp?

—Mordedura de un animal de la especie canina, comisario —respondió el médico sin vacilar.

—Un lobo, claro.

—Cuando menos, un cánido de gran tamaño. Es de suponer, dado el lugar en que fue atacado el señor Kapp que se tratase de un lobo.

—Está bien, doctor, muchas gracias.

Wilhelms consultó su reloj.

—Señorita —se dirigió a la enfermera—, cuando se hayan ido los visitantes, ponga una inyección sedante al paciente, en la dosis prescrita.

—Sí, doctor —contestó la enfermera, una chica bonita y bastante atractiva, pero de aspecto competente.

—Vamos, Wanderer —murmuró Fahnenburg.

Los dos hombres entraron en la habitación. Wanderer se sorprendió al ver a su amigo en tan mal estado. Kapp aparecía tan blanco como las sábanas de la cama en que estaba tendido y los vendajes que cubrían casi toda la parte superior de su tórax. Incluso tenía algunos ligeros rasguños en la cara, aunque no habían necesitado vendajes; una simple aplicación de mercromina había resultado suficiente.

El herido tenía los ojos cerrados.

—Emil —llamó Wanderer.

Kapp pareció despertar de un sueño pesado. Vio a su amigo y le tendió una mano.

—Dieter, fue horrible… —gimió—. Me perdí en el bosque… La casa de la maldita bruja… Andrea Hoffer… Tiene mujeres

encerradas y las trata a latigazos… Les da de comer carne humana… Vi que ellas bailaban desnudas una horrible danza a la luz de la luna… Luego les echó la comida… Era un hombre vivo… Yo me desmayé…

—Calma, Emil, calma —dijo Wanderer, mientras palmeaba suavemente la mano del herido—. No te excites. Habla sin prisas, no quiero que te pase nada malo.

—Ella… Ilse… entró en mi cuarto cuando yo estaba desmayado… Le vi los ojos… Eran de pupilas rojas, como las de los lobos… Ella misma se transformó en una fiera y quiso devorarme… Pude escapar y… Dieter, hay que quemar aquella horrible casa… Por favor, yo ya estoy perdido; nadie podrá salvarme…

—Vamos, vamos, señor Kapp —intervino el policía—. Está fastidiado, pero el doctor Wilhelms ha dicho que saldrá adelante. Lo único que le conviene es descansar y olvidar aquella desdichada excursión de caza. Dentro de unos días estará como nuevo, ¿no le parece amigo Wanderer?

—Claro —concordó el aludido—. Emil, soy tu amigo. Si me necesitas para algo, llámame sin vacilar, como lo has hecho ahora. Quiero ayudarte, ¿me comprendes?

Kapp meneó la cabeza.

—Ya nada se puede hacer por mí —dijo tristemente.

Y cerró los ojos.

Wanderer y el policía cambiaron una mirada. La enfermera entró en aquel momento.

—Por favor, caballeros —dijo.

—Sí, señorita —contestó Fahnenburg.

Wanderer tomó de nuevo la mano del herido.

—Vendré mañana a verte otra vez, Emil —prometió.

En unión del policía, salió al pasillo. Fahnenburg volvió a cargar la pipa. Wanderer sacó un paquete de cigarrillos.

—Y bien, comisario, ¿qué le parece? —preguntó, después de inhalar el humo de la primera bocanada.

—¿Quiere mi opinión sincera?

—Se lo agradeceré.

—Está bien —dijo Fahnenburg, sujetando la pipa con los dientes —. Su amigo es muy aficionado a la caza, no hay duda. Pero muchos cazadores suelen llevar consigo un frasco de metal con

licor, *brandy*, sobre todo. Simplemente, se perdió y tuvo que resignarse a pasar la noche en el bosque. Claro está, hacía frío y se bebió todo el contenido del frasquito. El alcohol le hizo ver visiones, porque, me imagino, el ataque del lobo debió de producirse cuando ya estaba poco menos que borracho perdido.

—La explicación parece sensata —convino Wanderer meditabundamente—. Ahora bien, ¿por qué se siente tan deprimido? ¿Por qué ha dicho que se considera perdido?

En aquellos momentos, la enfermera Hilda Kammerlatz llenaba la jeringuilla vuelta de espaldas a la cama donde yacía el paciente. Hilda no pudo ver la extraña transformación que se operó en Kapp.

Hilda se volvió.

Gritó.

El herido había desaparecido. En su lugar había un lobo descomunal, que se arrojó sobre ella, rugiendo ferozmente.

La enfermera lanzó unos chillidos desesperados. Pero su voz se cortó de repente, cuando unos poderosos colmillos destrozaron su garganta.

El ruido llegó al pasillo muy amortiguado. En aquel hospital, las paredes estaban insonorizadas, pero, aun así, el ruido era espantoso.

Wanderer se alarmó. Fahnenburg lanzó una imprecación.

—¿Qué diablos pasa ahí? —exclamó.

Por puro instinto, sacó su revólver. Abrió la puerta.

Algo rugió en el centro de la estancia. Fahnenburg, aterrado, dio un paso atrás. Por encima de su cabeza, Wanderer vio aquella horrible cosa y sintió que los pelos se le ponían de punta.

De pronto, la fiera saltó hacia adelante. Pasó por encima de la cama y se lanzó hacia la ventana. Los cristales saltaron con tremendo estrépito.

Un segundo después, se oyó un espantoso ruido. Wanderer, todavía no repuesto de la impresión sufrida, miró hacia la enfermera, caída en el suelo, y estuvo a, punto de desmayarse al ver aquel horrible cuadro.

A su lado, Fahnenburg, lanzó una poco académica interjección. Luego corrió hacia la ventana destrozada y sacó medio cuerpo fuera.

En torno al edificio del hospital había una zona ajardinada, con abundante césped. Había un par de senderos de cemento,

destinados al tráfico de las ambulancias y coches autorizados. Sobre una de aquellas duras superficies, se veía el cuerpo destrozado de un hombre, completamente inmóvil.

Fahnenburg se volvió. Durante un instante, contempló el inerte cuerpo de la enfermera, cuya garganta aparecía desgarrada por una feroz dentellada. La muerte, por tanto, había sido poco menos que instantánea.

* * *

Al oír llamar a la puerta, Dieter Wanderer dejó la paleta y los pinceles, se limpió un poco las manos con un paño y cruzó el amplio estudio en que se hallaba trabajando. Al abrir la puerta, reconoció inmediatamente la maciza figura del comisario Fahnenburg.

—¿Puedo pasar? —solicitó el policía.

—Claro, hombre. —Wanderer se echó a un lado—. ¿Visita oficial?

—Realmente, no, aunque muy bien pudiera aprovechar algo de lo que usted me diga —respondió Fahnenburg.

—Es posible. Mire a ver si encuentra un asiento y póngase cómodo. ¿Le gustaría tomarse una taza de café con algunas gotas de *brandy*? ¿O prefiere éste aparte?

—Lo primero, por favor. Ya empieza a hacer frío —dijo el comisario, frotándose las manos con fuerza, tras haberse descalzado los guantes.

La sagaz mirada de Fahnenburg recorrió el amplio taller de Wanderer, de techo alto e inclinado, con vigas a la vista. Ardían unos troncos en la chimenea, pero el calor procedía realmente de unos radiadores hábilmente disimulados.

En la pared más alta del estudio había una larga, balconada, que permitía el acceso a tres puertas, que supuso sendos dormitorios, mediante una escalera adosada a la pared con la que formaba diedro recto. El efecto decorativo resultaba sumamente agradable y, para Fahnenburg, era una muestra más del excelente gusto artístico de su dueño.

Wanderer vino con el servicio. Sobre la bandeja había añadido la botella de *brandy*.

—Por si quiere más, después del café —sonrió, en tanto dejaba

su carga sobre una mesita.

Tomaron el café en silencio. Al terminar, Wanderer arrojó un par de troncos a la chimenea. Fahnenburg contemplaba calladamente unas telas ya terminadas, colgadas de las paredes o simplemente situadas en el suelo y apoyadas en aquéllas.

—Me gustan. Tiene usted «toque» —dijo al cabo.

—No me considero un maestro, pero mis pinturas se venden bien, lo que, naturalmente; me concede independencia —contestó Wanderer.

—A mí me gustaría ser pintor. O músico. O…

—Vamos, vamos, comisario, no venga ahora a decirme que está aquí sólo para elogiar mis telas o contarme sus aficiones. ¿Por qué no empieza ya a hablar de una vez?

Fahnenburg asintió, mientras sacaba su pipa.

—Tiene razón, amigo Wanderer —contestó—. He venido a charlar con usted del pobre Emil Kapp.

CAPÍTULO III

Un hondo silencio sobrevino después de las palabras del policía. Wanderer sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó por fin.

—No —contestó Fahnenburg.

—Apuesto a que no se le ha ocurrido enviar a un hombre al bosque de Kirsonfeld.

—Se equivoca. Envié a dos, unos verdaderos sabuesos. Créame. Los informes que recogieron coinciden sustancialmente con lo que declaró Kapp antes de morir.

—¿Encontraron la casa de la señora Hoffer?

Sinceramente, no. Son hombres de ciudad y, no se lo reprocho, pero no se atrevieron a traspasar los linderos de aquella selva. Usted no conoce Kirsonfeld, ¿verdad?

—No, nunca he estado allí.

—Kirsonfeld tiene casi veinte kilómetros de largo por una docena de anchura. El gobierno de Bonn lo declaró hace muchos años parque natural, si bien, cuando la población animal se hace excesiva, concede algún permiso de caza, Su amigo, por supuesto, tenía uno.

—Ya. Siga, por favor.

—Puede decirse que Kirsonfeld se conserva casi como en el medievo. Hay senderos que lo atraviesan, pero, al caer la noche, nadie se atreve a pasar por allí. Una cosa es segura: el que quiere ir a Kirsonfeld, debe dejar su coche en el lindero.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Se sabe que hay una casa muy antigua, en la que hace más de cien años ocurrieron cosas horribles. Pero por los informes que trajeron mis hombres ya no está habitada.

—¿Qué es lo que sucedió en esa casa?

Fahnenburg habló durante unos minutos. Al terminar, Wanderer le miró sorprendido.

—Leyendas —dijo.

—Tal vez, pero… en una leyenda no debe excluirse nunca un poco de realidad —manifestó el policía.

—Eso sí es cierto —convino Wanderer—. Aunque a pesar de todo, la mente se resiste a creer ciertas cosas.

—Sin quitarse la pipa de los dientes, Fahnenburg metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó un pequeño sobre, que abrió con todo cuidado. Luego, con la ayuda de unas pinzas que había llevado consigo, extrajo del sobre unos hilos de color rojizo.

—Mire, Wanderer —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó el pintor.

—Antes de nada, debe saber que estos… hilos fueron encontrados en el cuerpo de la enfermera Hilda Kammerlatz. Yo los encontré, para ser más exactos. Hice analizar algunos ejemplares, todos ellos pertenecientes al mismo grupo de los que le estoy enseñando. ¿Sabe cuál fue el resultado?

—Usted me lo va a decir ahora, Fahnenburg.

—¡Pelos de lobo!

Wanderer abrió la boca.

—Oiga…

Fahnenburg sonrió tristemente, mientras volvía a guardar aquellos hilos rojizos en el sobre.

—Ya sabía que no me creería —dijo—. Pero es la verdad, Dieter.

Wanderer cerró los ojos un momento.

—Comisario, ¿lo soñamos o fue cierto? ¿Vimos o no vimos a un lobo mordiendo la garganta de la enfermera?

—El lobo que saltó a través de la ventana, apareció convertido en un hombre muerto al pie de las paredes del hospital —contestó Fahnenburg.

Wanderer fue a decir algo, pero, en aquel mismo instante, llamaron a la puerta.

—Discúlpeme —rogó.

Se puso en pie, cruzó el estudio y abrió. Una encantadora joven apareció al momento ante sus ojos.

—¿Señor Wanderer? —dijo ella.

—Sí…

—Soy Ulrika Metzenn, de la revista *Tag und Frau* —se presentó ella—. ¿Puedo hablar con usted?

—Es que ahora…

Fahnenburg se puso en pie.

—No se preocupe, Dieter —sonrió—. Ya me iba.

Ulrika entró en el estudio.

—Le conozco —dijo—. Es el comisario Fahnenburg.

—Sí —admitió Wanderer—. ¿Quiere tomar algo, señorita?

—Lo que me sirva —aceptó ella.

—Póngase cómoda, señorita Metzenn, por favor.

Ulrika se quitó el abrigo y el gorro de piel, dejando libre una abundante cabellera dorada. Debajo del abrigo llevaba un vestido de punto, de color azul, negro y blanco, muy ajustado al cuerpo, de perfecta figura. Su calzado eran unas botas altas, blandas y cómodas, de medio tacón.

Al entregarle una copa, Wanderer observó que era muy alta. Sus ojos eran encantadoramente azules.

—¿Y bien, señorita Metzenn? —dijo.

—Señor Wanderer, lamento defraudarle, pero no he venido aquí por sus cuadros —manifestó Ulrika.

—No pretendo considerarme un maestro de la pintura moderna, pero, si no ha venido aquí para hacerme preguntas sobre mi arte, ¿para qué ha venido, entonces?

—A mis lectoras les agradará saber qué hay de cierto en la leyenda del bosque de Kirsonfeld, señor Wanderer —contestó la joven.

* * *

Ulrika tomó un sorbo de su copa.

—Y de las consecuencias de tal leyenda en el pobre Emil Kapp —añadió.

—Ah, conque era eso —murmuró Wanderer.

—Sí. —Ella se sentó desenvueltamente en un amplio diván—. Hábleme, por favor, se lo ruego.

—En primer lugar, ¿pertenece usted ciertamente a *Tag und Frau*?

—Lo duda, ¿eh? —Ulrika sonrió, mientras abría su bolso. Sacó una tarjeta y se la enseñó al joven—. No merecería la pena falsificar una credencial de periodista para saciar una curiosidad morbosa —

agregó.

—Sí, es cierto —convino el pintor, mientras devolvía la tarjeta a su dueña—. ¿Qué es lo que quiere saber de mí? —inquirió.

—La enfermera Kammerlatz fue atacada por Kapp. Murió con la garganta destrozada. Kapp, sin duda horrorizado por su acción, saltó por la ventana y se estrelló contra el pavimento, seis pisos más abajo. Pero he oído rumores de que, durante unos minutos, Kapp se había convertido en un lobo.

Wanderer se sentó en un sillón frontero, algo inclinado hacia adelante, con las manos juntas entre las rodillas.

—El comisario y yo aún no estamos seguros de lo que vimos —murmuró.

—¿Se niega a creer en su sentido de la visión? Usted es pintor y, por tanto, muy observador —dijo Ulrika.

—Sí, pero… ¡fue tan horrible!

—¿Qué le pasó a su amigo? ¿Por qué fue a Kirsonfeld? ¿Qué encontró allí?

—Le contaré solamente lo que sé. Si le advierto que una cosa es solamente una suposición mía, usted deberá indicarlo así en el reportaje.

—De acuerdo —accedió Ulrika graciosamente, a la vez que se colocaba una libreta de buenas dimensiones sobre las rodillas.

Wanderer habló durante unos minutos. Al terminar, Ulrika hizo un gesto de asentimiento.

—Nunca se sabe dónde está la leyenda y la realidad —convino—. O, mejor dicho, no se puede distinguir la línea que separa a ambas.

—Como usted quiera —sonrió él.

—Se encuentra muy afectado por la muerte de su amigo, ¿no es cierto?

—Sí. Crecimos juntos y juntos fuimos a la Universidad. Luego, él estudió leyes, mientras yo me dedicaba a la pintura. En los últimos tiempos, nos habíamos distanciado un tanto, pero no enemistado ciertamente; quiero decir que nuestras profesiones respectivas nos impedían encontrarnos con la frecuencia de antaño.

—Dice usted «antaño», como si se refiriese a una época muy lejana, y es usted todavía joven. ¿Treinta y tres?

—Quite dos, por favor —sonrió Wanderer—. Pero estábamos

hablando de mi amigo.

—Sí, es verdad. El señor Kapp tenía prometida, según creo.

—En efecto. Iban a casarse dentro de algunas semanas y, por supuesto, yo habría asistido a su boda. Pero se comprometió hará un par de meses y en todo este tiempo no nos habíamos visto. Por tanto, no conozco a la mujer que iba a ser la señora Kapp.

Ulrika consultó sus notas.

—Se llama Nina Wangehl —dijo—. Tendré que ir a visitarla.

—Yo también —manifestó Wanderer—. Aunque no la conozco, personalmente, repito, creo que debo expresarle mis condolencias. Por cierto, no la vi durante los funerales.

—Quizá se sentía muy afectada por la muerte de su prometido. Y ahora, por favor, una última pregunta, señor Wanderer.

—¿Sí, señorita Metzenn?

—¿Piensa ir al bosque de Kirsonfeld?

Wanderer respingó.

—¿Para qué? —preguntó.

—Hombre, para comprobar personalmente si lo que le ocurrió a su amigo fue leyenda o realidad… es decir, si fue atacado por un lobo o un ser humano temporalmente transformado en dicha fiera.

—No se me había ocurrido semejante posibilidad y, por tanto, no puedo darle una respuesta definitiva —manifestó Wanderer.

Ulrika se levantó. Wanderer le ayudó a ponerse el abrigo.

—Ha resultado una conversación muy agradable —dijo la joven —. ¿Cuándo expone sus telas?

—Todavía me faltan algunas para completar las veinte que me pidió mi marchante —respondió él—. Calculemos seis meses todavía —añadió.

Ulrika asintió con una sonrisa.

—Me gustaría comprarle un cuadro. Pero usted empieza ya a ser un pintor caro —se despidió.

* * *

El trabajo le absorbió tanto, que incluso llegó a olvidarse de sus preocupaciones. Cuando se dio cuenta, era ya de noche cerrada.

Entonces, llamaron a la puerta.

Wanderer miró a su alrededor. Asombrado, se percató de que el tiempo había pasado sin que se diera cuenta.

Abrió momentos después. Una hermosa mujer, ataviada con un abrigo de suntuosas pieles, le miró sonriendo desde el umbral.

—Dieter Wanderer, pintor, si no me equivoco —dijo ella.

—En efecto, señora.

—Soy Ilse Tsorwakopf —se presentó la visitante—. Me gustaría examinar sus telas, si no tiene inconveniente, claro está. Tal vez me quedaría con un par de ellas, para mi nueva residencia…

Wanderer se apartó a un lado. Ilse cruzó la puerta y se paseó lentamente por el estudio. Wanderer se percató de que ella tenía una mano constantemente fija en la parte superior del abrigo de pieles.

—Encenderé todas las luces, señora —dijo él.

—Gracias.

Un par de baterías de focos se encendieron instantes después. Ilse caminó de un lado para otro, deteniéndose de cuando en cuando ante alguno de los cuadros.

—Éste me gusta —exclamó de pronto—. ¿Cuál es su precio?

Wanderer citó una cifra. Ilse asintió.

—Está bien.

Y siguió examinando los cuadros.

Wanderer contemplaba furtivamente a su hermosa visitante. Fuera del casquete de pieles que usaba, asomaban unos rizos negros.

Parecía joven, se dijo, aunque si bien aparentaba treinta años, lo mismo podía tener cinco o seis más. En todo caso, no representaba en absoluto la edad que tenía, se dijo, y su belleza resultaba fuera de toda duda.

De repente, Ilse se volvió hacia el dueño de la casa.

—Invíteme a una copa —rogó, con hechicera sonrisa—. ¿Tiene jerez dulce?

—Creo que sí…

Wanderer buscó y encontró el vino solicitado. Ilse le dirigió una profunda mirada.

—Admiro a los hombres como usted —murmuró—. El arte me apasiona…, y también los artistas, por supuesto, de su clase, señor Wanderer.

—El joven tosió ligeramente.

—Ejem…, señora Tsorwakopf…

—Llámeme Ilse, por favor —dijo ella con voz muy dulce.

—Bien, Ilse, creo que usted me sobrevalora…

—Voy a comprarle dos cuadros. Dentro de pocos años, tendrán un valor enorme. Claro que yo no los compro para especular, sino porque me gusta su estilo.

—Mil gracias, Ilse.

Ella dejó la copa a un lado y avanzó hacia el pintor.

—Pero el artista me gusta aún más que sus telas —sonrió.

¿Qué le pasaba a su bella visitante?, se preguntó Wanderer. ¿Acaso Ilse buscaba solamente una aventura amorosa?

Ilse llegó a un paso de distancia de él. Todavía tenía la mano izquierda en la parte alta del abrigo de pieles. De pronto, separó la mano.

El abrigo cayó al suelo. Wanderer se quedó estupefacto.

—¿No pinta usted modelos femeninos? —sonrió ella.

Wanderer tragó saliva. De súbito, dos brazos de marmórea blancura se enroscaron en su cuello.

—Un día seré yo tu modelo favorita —susurró.

Wanderer se dejó llevar por el hechizo que se desprendía de aquel bello cuerpo, de formas venusinas. Las luces, los muros, las llamas de la chimenea, sus cuadros… todo desapareció de su vista, en un silencioso estallido de vértigo pasional.

Despertó horas más tarde.

Ilse no estaba, apreció momentos después. La chimenea se había apagado. Por fortuna, la calefacción había seguido funcionando.

Torpemente, se puso en pie. Recordó a la hermosa Ilse. Ella se había marchado, no cabía la menor duda. La compra de dos cuadros había sido solamente el pretexto de una aventura. En cierto modo, no podía quejarse; la belleza de Ilse era arrebatadora.

De repente, se quedó paralizado, convertido en una estatua.

Frente a él, en la pared, había la roja huella de la pata de un animal, un lobo gigantesco, apreció casi en el acto.

La huella tenía un aspecto siniestro, casi terrorífico. Pero infundía menos miedo que la advertencia escrita al pie con letras rojas:

¡NO VAYAS A KIRSONFELD!

CAPÍTULO IV

Con el ceño fruncido, Heinz Fahnenburg, comisario de policía, raspó la pared con una navajita, recogiendo las diminutas partículas, así obtenidas en un sobre, que cerró inmediatamente.

Luego se volvió hacia uno de sus subordinados, quien contemplaba atentamente la operación, lo mismo que el dueño de la casa.

—Lleve estas muestras al laboratorio, Müller —ordenó Fahnenburg—. Encargue el análisis lo más pronto posible.

—Bien, comisario.

Fahnenburg y Wanderer quedaron solos.

—Le serviré una copa —dijo el pintor.

—Gracias, Dieter.

Como de costumbre, Fahnenburg encendió su pipa. Cuando Wanderer le entregó la bebida, dijo:

—Bien, ahora cuénteme todo, Dieter.

—Sí, comisario, Ilse llegó aquí…

—Recuerda el apellido, creo.

—Tsorwakopf. No lo había oído nunca, Heinz.

—Siga.

—Vino, dijo que quería comprarme un par de cuadros, examino las telas que tengo acabadas y luego me pidió una copa. Tomó un sorbo y se quitó el abrigo.

—Lógico —sonrió Fahnenburg.

—No tanto —gruñó él—. Aparte de los zapatos, y del casquete de piel, era la única prenda que llevaba su cuerpo.

—¡Caramba, vaya frescura! Con el tiempo que hace… Usted, claro, no desaprovechó la ocasión.

—¿La habría desaprovechado usted, Heinz?

Fahnenburg suspiró.

—A mí no vendría nunca a verme una mujer vestida solamente con un abrigo de pieles —contestó—. Siga, ¿qué más?

—Bueno, al despertarme, fue cuando vi la señal de la pata del lobo y el aviso, eso es todo.

—¿A qué hora se despertó?

—Oh, serían las dos de la madrugada…

—Ella vino alrededor de las nueve.

—Más o menos. Yo estaba pintando y había perdido un poco la noción del tiempo. Francamente, no recelé nada en aquellos momentos. Sólo pensé que podía tratarse de una mujer con dinero.

—Guapa y caprichosa.

—Según parecía, se podía pensar algo por el estilo. Heinz, compréndalo, yo no soy de piedra.

—Claro, claro —rió el policía—. Bien, Dieter, en cuanto tengamos el resultado del análisis, le llamaré a usted. ¿No se le ha ocurrido pensar que la huella tal vez procede de un tampón, manchado con su pintura?

—Lo que hay en la pared no ha salido de un tubo de color rojo —rezongó el joven.

—Sí, eso creo yo también, pero quería agotar las hipótesis. Dieter, gracias por haberme llamado.

—Yo soy el que debo dárselas a usted, Heinz.

Fahnenburg se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el pintor.

—Dieter, por favor, dígame… ¿Ha pensado alguna vez en ir a Kirsonfeld?

—Ciertamente, no se me había ocurrido la idea, pero puede que ahora haga ese viaje, después del aviso que me dejó la señora Tsorwakopf.

—Cuidado, Dieter —avisó el comisario.

—No se preocupe. Iré bien armado.

—Cuidado con los lobos —insistió Fahnenburg.

Wanderer quedó solo. Durante unos segundos, meditó, inmóvil, en el centro del estudio.

El inesperado conocimiento de Ilse le había producido una gran impresión, pero, sobre todo, el siniestro aviso que ella había dejado en la pared. ¿Era sangre de lobo la sustancia utilizada para el aviso?

Maquinalmente, se pasó la mano por el cuello. De pronto, sonó

el teléfono.

Levantó el auricular. Era la periodista.

—Hola, Dieter —saludó Ulrika desenvueltamente—. Tengo noticias para usted.

—Serán interesantes, supongo.

—Juzgue usted mismo. Nina Wangehl ha desaparecido.

—¿La prometida de Kapp?

—Sí, ella misma.

—¿Cómo lo ha averiguado usted?

—Muy sencillo. Fui a su casa, con objeto de incluir sus declaraciones en mi reportaje. El conserje me dijo que hacía ya dos días que faltaba.

—Se habrá ido con algún familiar…

—Posible, pero no probable.

—¿Por qué?

—Nina salió con una hermosa mujer, algo mayor que ella, y las dos montaron en el mismo coche, es decir, en el de la segunda, quien, según el conserje, había venido a visitarla media hora antes. Nina llevaba en la mano un pequeño maletín y un neceser de viaje, y le dijo al conserje que tardaría algún tiempo en regresar, puesto que se iba invitada a casa de su amiga.

—Una mujer, mayor que ella… —De pronto, Wanderer concibió una súbita sospecha—. Señorita Metzenn, ¿se le ocurrid preguntar al conserje más detalles de esa dama?

—No, salvo que era muy elegante. Y guapa, por supuesto. Señor Wanderer, ¿qué opina usted?

—Esto no me gusta, Ulrika, y perdone que hable, de este modo.

—No importa, Dieter. ¿Piensa denunciar el caso a la policía?

—Espere… ¿Sabe si Nina tenía coche?

—El conserje declaró que se fue en el automóvil de la otra mujer, es todo cuanto sé. Usted no conocía a Nina, ¿verdad?

—Sabía que Kapp estaba prometido, pero no la había visto aún, aunque él sí me enseñó su fotografía en un par de ocasiones.

—¿Teme que la hayan raptado?

—Ulrika, desconozco todo acerca de Nina. Quizá somos demasiado aprensivos y esa dama era, efectivamente, amiga suya o incluso algún pariente próximo. Nina, desde luego, quedó muy afectada por la muerte de su prometido. Parece lógico que se haya

ido con alguna pariente o amiga íntima, a pasar una temporada lejos de aquí, hasta que se encuentre mejor.

—La teoría podría resultar aceptable, si no fuese porque Nina carecía de familiares próximos y no tenía amigas íntimas —afirmó Ulrika.

—También eso se lo ha dicho el conserje.

—Claro. Yo quería hablar con Nina y le sonsaqué todo lo que pude. Pero el hombre no supo decirme a donde se había marchado.

—Bien, en tal caso, no sé qué más decirle. Yo me siento tan desconcertado como usted. De todos modos, me gustaría hablar con el conserje, y hacerle algunas preguntas que a usted no se le han ocurrido.

—¿Por ejemplo?

—Una descripción más completa de la mujer que se llevó a Nina.

—Usted teme que haya podido ocurrirle algo.

—No sé… Todo lo que pasa es tan raro… Ulrika, aguárdeme en el café de Los Tres Osos. Está en Marienstrasse, cerca del cruce con Halls…

—Sí, conozco el lugar —dijo ella.

—En tal caso, me reuniré con usted dentro de treinta minutos.

—Muy bien, Dieter.

* * *

El conserje, un hombre de mediana edad y aspecto plácido, se rascó la cabeza, mientras parecía digerir la pregunta que el pintor acababa de hacerle.

—¿Que si conozco a esa dama? —dijo—. No, nunca la había visto hasta hace dos días. Pero era guapísima…

—Mayor que la señorita Nina.

—Oh, sí, unos diez o doce años mayor, pero eso no tiene importancia, me parece. Lo que sí sé es que era muy elegante y distinguida.

—¿Cómo tenía el pelo?

—Negro, señor.

—Y esa mujer debe de tener unos treinta y cinco años, ¿no?

—Sí, aproximadamente.

—¿Cómo vestía? —preguntó Wanderer.

—Llevaba casquete y abrigo de pieles.

—¿Qué color era el del abrigo de pieles?

—Gris, muy claro, casi blanco. Una piel extraña, yo no la había visto nunca, pero me pareció muy buena…

—¿Sabe qué equipaje se llevó la señorita Nina?

—Un maletín y el *nécessaire*, ambos de piel de cerdo y con sus iniciales en oro. Lo sé porque ella me dijo hace algún tiempo que el señor Kapp le había regalado el juego completo de maletas.

Wanderer sacó un billete de cinco marcos y se lo entregó al conserje.

—Muchas gracias, amigo. ¿Vamos, Ulrika?

Ella asintió y entró en su coche, mientras Wanderer se acomodaba a su lado. La muchacha dio el contacto.

—¿Qué piensa de todo esto? —preguntó Ulrika, apenas se hubieron separado de la acera.

Wanderer se reclinó en el asiento.

—El conserje nos ha facilitado la descripción completa de Ilse Tsorwakopf —respondió.

—¿Es la morena del abrigo de pieles?

—Sí.

—Luego la conoce usted…

—De casualidad.

—A ver, explíquese.

—Ulrika, se lo contaré todo, si me promete, al menos por ahora, no publicarlo en su revista. Lo que me sucedió a mí no es cosa que deba divulgarse, insisto en que por él momento.

—Me mata la curiosidad —sonrió ella—. A ver, hable y cuente con mi absoluta discreción.

Wanderer, en efecto, habló. Ulrika le escuchó atentamente, sin interrumpirle en ningún momento.

—Una aventura extraordinaria —dijo, cuando él concluyó su narración. Y sonriendo, agregó—: Pero también placentera, supongo.

—El despertar no resultó agradable, Ulrika.

—¿No cabe la posibilidad de una pesadilla, Dieter?

—No, rotundamente, no. Ilse llegó hacia las nueve de la noche. Yo me desperté a las dos de la madrugada, aproximadamente. Y ninguno de los dos abusamos del alcohol.

—Así, pues, en la pared de su casa apareció la huella de un lobo y un aviso nada grato, diciéndole que no vaya a Kirsonfeld.

—Justamente.

—¿Una broma pesada de Ilse?

—Si es así, ¿cómo se le ocurrió la idea de que yo pudiera viajar a Kirsonfeld?

Probablemente, ella sabe que era amigo de Kapp.

—Sí, pero el viaje a Kirsonfeld es algo que no ha pasado jamás por mi mente.

—Quizá quiso curarse en salud.

—¿En salud, de qué, Ulrika?

—No lo sé…, pero su amigo murió. Y antes de morir, mató a una inocente enfermera, creyéndose un lobo.

Una vez más, Wanderer rememoró las horribles escenas del hospital. Tanto él como Fahnenburg, habían visto a la fiera, que luego había vuelto a su primitiva forma humana. ¿Podía decirse que tanto él como el comisario habían sido sujetos de una alucinación?
—En resumen— dijo la periodista—, ¿irá o no a Kirsonfeld?

—Todavía no lo he decidido, Ulrika.

—¿Qué le falta para decidirse?

—Una llamada, telefónica.

—Del comisario Fahnenburg, supongo.

—Sí, Ulrika.

Wanderer recibió la llamada dos días más tarde. A oír el timbre del teléfono, se agarró al aparato como si fuese un clavo salvador en un naufragio.

—Dieter, soy Fahnenburg.

—Hable, por favor —pidió el joven—. ¿Qué es lo que han averiguado en el laboratorio?

—El origen de la pintura que hay en la pared de su casa.

—Es pintura, claro —dijo Wanderer, aunque presentía que las palabras que acababa de pronunciar no eran sino la expresión de sus deseos y no en modo alguno la realidad de los hechos.

—No, no es pintura —contestó Fahnenburg—. La huella y la frase escrita fueron hechas con sangre de lobo.

Capítulo V

Wanderer paró el coche en el punto más alto del camino y se apeó para contemplar el paisaje. En las manos, tenía un par de potentes prismáticos.

Abajo, casi a sus pies, estaba la aldea de Bawurass. A unos mil metros más lejos, empezaba el bosque de Kirsonfeld, situado en una especie de valle muy amplio, casi llano, extendiéndose en un enorme espacio de terreno, como una inmensa mancha de color verde oscuro, casi negra.

El bosque ofrecía un aspecto tétrico y más visto bajo la plomiza luz de aquella tarde que amenazaba lluvia o quizá nieve. Cualquiera podía perderse fácilmente en el bosque, si no conocía bien el terreno que pisaba. A fin de cuentas, se dijo Wanderer, se trataba de una extensión que superaba ampliamente los doscientos kilómetros cuadrados.

Con la ayuda de los prismáticos, exploró el bosque durante un buen rato. Sin embargo, no logró encontrar la casa de que había mencionado su amigo Emil Kapp.

Aunque el terreno era aparentemente llano, había, sin embargo, valles y lomas que podían muy bien ocultar un edificio, sobre todo, si no era elevado, aunque fuese de grandes dimensiones.

En Bawurass, se dijo, no faltaría quien le informase del lugar en que podía encontrar la casa. Lo malo eran los lobos.

Su experiencia como cazador era nula. No obstante, había comprado una escopeta de dos cañones, con la que había practicado durante un par de días, antes de emprender el viaje. Los cartuchos estaban cargados con gruesos perdigones. Ello supliría fácilmente su falta de puntería y, ya que no era buen tirador, al menos había aprendido a cargar el arma con rapidez, después de hechos los dos disparos correspondientes.

Volvió al coche. Cinco minutos después, se detenía ante un edificio de agradable aspecto, con vigas al descubierto. El rótulo indicaba que era taberna, pero también podía ofrecer habitaciones a huéspedes ocasionales.

El frío era muy intenso. De pronto, Wanderer sintió un levísimo golpecito en la nariz, como el roce de una pluma. Más copos de nieve cayeron a su alrededor.

Cuando se apeaba, divisó un coche conocido.

—Ulrika se me ha anticipado —murmuró.

Entró en la taberna y se bajó el cuello del chaquetón de pieles que llevaba. El calorcillo del local resultaba muy agradable. Aparte de ello, la decoración, antigua y bien conservada, confería una nota de bienestar singular al ambiente.

Una mano femenina se agitó al fondo, no lejos de una panzuda estufa.

—¡Dieter! ¡Le estaba aguardando! —exclamó Ulrika.

Wanderer sonrió mientras se acercaba a la periodista.

—Sabía que iba a venir —dijo.

—La curiosidad no es un defecto exclusivamente femenino —contestó ella—. ¡Señor Hofburg, otro café con gotas para mi amigo! —llamó.

—Al momento, señorita —contestó el grueso tabernero.

Wanderer se sentó frente a la muchacha.

—Es usted muy sociable —comentó—. Incluso ha hecho ya amistad con el dueño del local.

—Más todavía. He conseguido que me diga el nombre de la persona que podrá darnos buenos informes sobre la Schwarzhaus.

—La Casa Negra… ¿Es el nombre de la casa dónde mi amigo vio a las mujeres devorar a un hombre?

—Exacto. Así se llama, aunque, a lo que parece, ningún habitante de Bawurass con menos de cincuenta años de edad la ha visto.

—Tienen miedo al bosque.

—Sí.

El tabernero trajo el café y se retiró. Ulrika sacó cigarrillos. Wanderer aceptó uno.

—En ese bosque hay brujas y lobos —sonrió él.

—Una bruja y muchos lobos, Dieter.

—Traigo una escopeta y abundantes cartuchos con postas.

—Estupendo. Así podré ver la Schwarzhaus sin temor a los lobos…, pero ¿ha cargado sus cartuchos con balas de plata?

Wanderer sonrió.

—No creo en leyendas —contestó.

De pronto, un hombre se acercó a la mesa.

—Soy Neustadt —se presentó.

Wanderer miró con sorpresa al individuo. Era viejísimo, más de ochenta años, calculó, aunque todavía se mantenía bastante erguido. Sin embargo, necesitaba apoyarse en un bastón para caminar con comodidad.

Actuando con presteza, Ulrika le ofreció una silla.

—Siéntese, señor Neustadt —dijo amablemente—. ¿Qué prefiere para beber?

El viejo soltó una risita cascada.

—Hace mucho tiempo que no lo pruebo. El médico no me deja, ¿saben? Pero qué diablos, de vez en cuando, una copita de *schnapps* no le hace mal a nadie.

Ulrika levantó la mano.

—¡Señor Hofburg, una de *schnapps* para el amigo Richard! Me permitirá que le llame así, ¿no es cierto? —Se dirigió al anciano.

—Oh, claro que sí, linda señorita. ¿Es su novio? Neustadt miró al joven.

—No, sólo amigo… y muy amigo también del hombre que murió atacado por los lobos. Usted recordará el suceso, me imagino, Richard.

La sonrisa de Neustadt se borró súbitamente de sus labios.

—No fue un lobo, sino la reina de los lobos —dijo, justo en el momento en que Hofburg ponía la copa sobre la mesa.

* * *

Wanderer hizo señas al tabernero de que le sirviera otra copa. Hofburg asintió y volvió al mostrador, para traerla.

—¿Debemos creerle, señor Neustadt? —dijo momentos después.

—Escuche, joven, he sido cazador durante setenta años de mis ochenta y tres. Conozco bien el bosque maldito y sé lo que me digo —respondió Neustadt—. Ahí, en Kirsonfeld, reina una loba de maldad infinita, con su corte de damas, que viven con ella en la

cripta de Schwarzhaus. Por el día, es una persona normal; por la noche, en especial al llegar la luna llena, se transforma en loba y corre con los lobos y lobas de su manada en busca de víctimas.

—¿Ha atacado el pueblo en alguna ocasión?

—No, no llega hasta aquí. Pero, al mismo tiempo, no permite que nadie invada sus dominios. Si alguien entra en Kirsonfeld, no sale vivo o, al menos, no vive mucho tiempo después de haber salido. Como le pasó a su amigo el señor Kapp.

—De modo que ella vive en Kirsonfeld… Pero ¿quién es ella? —preguntó Wanderer.

—Se llama Andrea von Hoffer y su título es el de baronesa. Hace cien años, yo lo sé, porque me lo contó mi difunto padre, que gloria haya, la baronesa y su marido vivían en Schwarzhaus. Las cosas eran muy distintas entonces, abundaba la caza mucho más y, por contra, los guardabosques del barón se cuidaban de que no hubiese lobos. Pero el barón se cansó muy pronto de su esposa; antes del año de la boda, llevó una amante a Schwarzhaus.

»Aquella mujer se llamaba Trude von Harbock. Andrea la mató y la enterró en la cripta de la casa. Su esposo no se lo reprochó en absoluto, pero, a los dos meses, trajo una nueva concubina. El nombre era el de Cleo Wackenstein. También fue asesinada por la baronesa y también fue enterrada en la cripta.

—Una terrible historia —comentó Ulrika.

—Se repitió tres o cuatro veces más. Al fin, Andrea se cansó y mató a su esposo.

—¿Y no la enviaron a la cárcel?

—Se supo muchos años después. Ella despidió a la servidumbre y se quedó sola. Los criados decían que era una mujer-lobo y estaban aterrados. Algunos fueron a visitarla poco después, en distintas ocasiones, pero ella rechazó siempre su ayuda. Al fin, se cansaron y la dejaron tranquila.

—Eso ocurrid hace cien años, ha dicho usted —recordó Wanderer.

—Sí, más o menos. El bosque, antes muy cuidado, se volvió una espesa selva, que fue poblándose de lobos poco a poco. Un par de cazadores vieron a Andrea, en noche de luna, corriendo delante de su manada, en busca de presas. Es justo añadir que los dos contaron lo que habían visto momentos antes de morir, medio destrozados a

dentelladas. Y Andrea era la más feroz de todos, ¿comprenden?

Wanderer y la muchacha cambiaron una mirada. El joven dijo:

—Siga, siga, señor Neustadt; lo que está contando resulta interesantísimo.

—Bien, el caso es que, después de aquellas muertes, ya nadie se atrevió a entrar en el bosque, hasta que finalizó la última guerra. Dos oficiales ingleses oyeron la leyenda y se aventuraron en Kirsonfeld. Nadie los ha visto jamás.

—De modo que la baronesa era una mujer-lobo… Pero ¿de dónde surgió la leyenda, señor Neustadt?

El viejo cazador se encogió de hombros.

—Ella no era alemana —contestó—. Procedía de Hungría o de Ucrania… nunca lo supe y tampoco me preocupé. Pero una cosa es cierta: si alguien es mordido por ella y sobrevive, se convertirá a su vez en un hombre-lobo.

Wanderer se estremeció al recordar la espeluznante escena que había presenciado en el hospital de Hannover.

—¿De dónde ha surgido esa leyenda? ¿Ha visto usted alguna vez un hombre-lobo? ¿Ha visto a la baronesa transformarse en una de esas fieras? —preguntó.

—Tal vez los lobos que forman en su manada son los hombres que fueron mordidos por ella en tiempos pasados. El que consiguió salir de Kirsonfeld, murió, como le pasó al señor Kapp —respondió Neustadt.

—Lobos —repitió Ulrika—. ¿Y lobas no?

Neustadt sonrió.

—En tal caso, las lobas serían las amantes del barón, muertas a manos de la baronesa —contestó.

Wanderer hizo un gesto de escepticismo. A pesar de lo que había visto, consideraba el relato de Neustadt como una leyenda. Y no estaba seguro de que sus sentidos no le hubieran jugado una mala pasada en el hospital, tal vez influenciado por las delirantes palabras de su amigo.

—Hablemos de otra cosa, Richard —dijo al cabo—. ¿Usted conoce el camino de Schwarzhaus?

—Sí. ¿Acaso piensa ir a la casa maldita?

Wanderer volvió los ojos hacia la muchacha.

—A usted le interesaría un buen reportaje para su revista —dijo.

Ulrika asintió.

—Sí, iremos —contestó por los dos.

—En tal caso, abríguense bien. El tiempo es malo. La nieve puede borrar los escasos senderos que hay en el bosque —dijo Neustadt sentenciosamente.

—Sí, pero ¿cómo se va a Schwarzhaus? —insistió Wanderer.

—En casa hay un viejo mapa, trazado por mi abuelo. Copiaré lo más interesante y se lo entregaré mañana por la mañana. De todos modos, le recomiendo una brújula. Puede resultarle útil.

—La compraré aquí, en Bawurass. Señor Neustadt, ¿cómo podríamos demostrarle nuestra gratitud?

El viejo cazador sonrió. Metió la mano en su bolsillo y sacó dos cartuchos que entregó al joven.

—Los tengo cargados desde hace muchos años… Bueno, en realidad, de vez en cuando cambio la carga de pólvora. Pero las postas son de plata. Postas y no balas; aunque sea una vieja diablesa, más efecto harán una docena de proyectiles que uno solo.

Wanderer miró los cartuchos con aire estupefacto. ¿Era posible que alguien creyese en la leyenda de la baronesa celosa, que se había convertido en mujer-lobo sólo para continuar saciando su venganza en los hombres a través de los años?

Pero no convenía herir la susceptibilidad de un hombre que se había portado tan amablemente con ellos.

—Se lo agradezco infinitamente, señor Neustadt —manifestó—. Y si me lo permite…

Sacó unos billetes, pero el cazador no aceptó dinero.

—Mate a la loba —dijo—. Ésa será mi mejor recompensa.

Neustadt se puso en pie, sonrió y empezó a caminar renqueando hacia la puerta. Al abrir, Wanderer vio que nevaba, aunque sin demasiada intensidad.

Una ráfaga de viento frío penetró a través de la puerta abierta. De pronto, se oyó en lontananza el aullido de un lobo.

Ulrika se estremeció. Hofburg salió del mostrador y fue a cerrar la puerta, que Neustadt se había dejado abierta.

—Noche de demonios —murmuró el tabernero, a la vez que se santiguaba devotamente.

Wanderer pidió otra copa, sentía que lo necesitaba. Al servirle, Hofburg dijo:

—La cena estará dentro de un cuarto de hora. Sus habitaciones ya están preparadas.

—Muchas gracias —contestó la muchacha.

Hofburg se acercó a la estufa, levantó la tapa y lanzó a su interior un par de gruesos troncos.

Fuera, los lobos ululaban.

CAPÍTULO VI

Cenaron casi en silencio. Al terminar, Ulrika miró al joven y sonrió.

—El ambiente impresiona, ¿eh? —comentó.

—Un poco —admitió él—. Es preciso que la leyenda que nos ha contado Neustadt es verdaderamente alucinante.

—Una mujer celosa, asesinando a las amantes de su marido, y éste, indiferente, renovando su… «provisión» de belleza, sin importarle lo que iba a suceder después. Verdaderamente, una historia de terror, Dieter.

—Tengo ganas de conocer Schwarzhaus y la tumba de la baronesa. De día, claro.

—Por la noche, salen los lobos…

—También de día, si tienen hambre. Pero nosotros no vemos de noche, Ulrika, y en cierto modo, tampoco tenemos mucha prisa.

—Sí, es verdad —convino la muchacha—. Aunque si nieva intensamente…, no podríamos ir a Schwarzhaus.

—Todavía no estamos en pleno invierno. Estoy seguro de que la nevada no será muy fuerte. Ulrika, ¿habrá venido Nina a Kirsonfeld con Ilse?

—Dieter, si Ilse fuese la mujer-lobo de la leyenda, ¿estaría usted vivo?

Wanderer se pasó la mano por el cuello, con gesto instintivo.

—El aviso que dejó… ¿Cómo podía saber que yo vendría a Kirsonfeld? —murmuró.

—Bien, tal vez usted habló en sueños y ella le oyó. Entonces, quiso prevenirse con aquel siniestro aviso.

—Pero ¿acaso lo sabía ya? Porque es preciso recordar que ya llevaba dispuesta la sangre de lobo, en un recipiente adecuado, por supuesto, a una temperatura conveniente para que no se coagulase.

—Un termo, por ejemplo.

—Pudiera ser. De todos modos, ella, si fue a verle, es porque sabía que usted y Kapp habían sido muy amigos. Es el único que podía tener interés en averiguar con toda exactitud las causas de su muerte. A la policía le bastó con el informe del médico de Bawurass.

—Tengo ganas de encontrarme de nuevo con Ilse, para pedirle explicaciones —manifestó Wanderer.

Ulrika sonrió maliciosamente.

—Además, es muy bella. Por cierto, ¿no la conoce nadie en este pueblo?

—Ahora lo sabremos. ¡Señor Hofburg!

El tabernero acudió de inmediato.

—Dígame, señor Wanderer.

—¿Conoce usted o ha oído hablar alguna vez de Ilse Tsorwakopf?

Hofburg movió la cabeza con gesto lleno de solemnidad.

—No, señor, nunca —contestó.

—Muchas gracias. Ah, por favor, una pregunta más.

—¿Sí?

—Usted, por supuesto, conoció al señor Kapp, ya que se alojó aquí, en su posada. Salió de caza y tardó todo un día en regresar. Mejor dicho, lo encontraron en la linde del bosque, medio muerto. Tenía un riñe y municiones. ¿Qué ha sido de ambas cosas?

—Los que encontraron al infortunado señor Kapp no vieron ninguna de las dos cosas —respondió Hofburg.

Wanderer hizo un gesto de asentimiento y el tabernero se retiró. Los ojos del pintor fueron hacia su encantadora acompañante.

—Entonces, el rifle y la cartuchera están en Schwarzhaus —dijo.

—No cabe la menor duda —convino Ulrika,

* * *

La posada era antigua, pero tenía un buen sistema de calefacción, que funcionaba perfectamente. En la habitación que ocupaba Wanderer había una temperatura de 24º, según apreció en un pequeño termómetro colgado en uno de los muros.

Después de desnudarse, se metió en la cama y apagó la luz. De pronto, se dio cuenta de que ya no nevaba.

El cielo se despejaba lentamente. Una vez vio la luna en

creciente, entre las nubes y un haz de rayos de plata penetró en el dormitorio.

La cama era grande, cómoda, con tres enormes colchones, sistema antiguo que encantó a su ocupante. Wanderer sintió un agradable calorcillo que le incitaba a dormirse.

Pasó un largo rato. De pronto, un aullido llegó a sus oídos a través de las brumas del sueño.

El aullido se repitió. Wanderer abrió los ojos.

El lobo había aullado ahora muy cerca de la posada. Tal vez era una fiera demasiado hambrienta. La necesidad le hacía olvidar el instintivo temor que la naturaleza le hacía sentir hacia los humanos.

El lobo calló. Wanderer trató de conciliar el sueño nuevamente.

De pronto, oyó unos leves crujidos al otro lado de la ventana.

Sentóse en la cama. Los ruidos se repitieron.

Recordó que en la parte exterior había una especie de pérgola muy tupida, con una parra que en el verano debía de poseer un ramaje exuberante. Antes de meterse en la cama, había guardado el coche bajo el emparrado.

Algo crujió en el exterior. La luna brillaba en todo su esplendor.

De súbito, Wanderer vio algo que le erizó el cabello.

Al otro lado del cristal, una enorme bestia, de color blanquecino, se acercaba a la ventana, tanteando con sus patas antes de dar cada paso, a fin de no caer al suelo a través de un hueco del emparrado. Por un instante, Wanderer se sintió desfallecer, pero, casi en el mismo instante, recordó su escopeta.

Inmediatamente, saltó de la cama y agarró el arma. Quitó el seguro, dándose cuenta de que estaba cargada con los dos cartuchos comprados en Hannover. Los de Neustadt estaban aún en el bolsillo de su chaqueta.

El lobo se acercó a la ventana. Una de sus patas arañó levemente el cristal.

Wanderer alzó el arma. Si la fiera intentaba penetrar en el dormitorio, haría fuego. A cuatro pasos de distancia, no podía fallar.

Durante unos segundos, hombre y fiera se contemplaron recíprocamente. Wanderer, pasmado, creyó captar en los ojos del lobo una especie de mirada de ternura. Aquel animal, pensó, no quería ningún daño.

La pata del lobo rascó el cristal nuevamente. De súbito, algo le asustó, porque dio media vuelta, saltó un par de veces y se arrojó al suelo desde lo alto del emparrado.

Wanderer dejó escapar el aire largamente contenido en sus pulmones. A riesgo de atrapar una pulmonía, abrid la ventana. En el exterior, la temperatura era de varios grados bajo cero.

Desde la ventana, y aunque oblicuamente, podía ver un extenso trecho de la calle principal de Bawurass. La luna hacía que la delgada capa de nieve caída horas antes brillase como si fuese una lámina de plata.

Wanderer sabía que podía distinguir al lobo blanco —¿o era una loba?—. Si volvía a Kirsonfeld, tenía que pasar por el trozo de calle que tenía a la vista.

Pero la fiera no se hizo visible. Sintiéndose poco menos que congelado, Wanderer cerró la ventana y se volvió a la cama.

En aquel momento, un alarido espantoso hendió la noche.

Wanderer saltó de nuevo del lecho. El grito se confundió con el espantoso rugido de una bestia demoníaca, Durante unos segundos, hombre y fiera gritaron y aullaron horriblemente.

Luego, de golpe, volvió el silencio.

* * *

Al salir corriendo de su habitación, Wanderer vio a la muchacha, también vestida.

—¿Ha oído? —preguntó ella.

—Sí, vamos.

Hofburg apareció en la sala del piso bajo.

—Un lobo —dijo—. Ha atacado a alguien. Ah, veo que trae su escopeta, señor Wanderer.

—No estorbará —respondió el joven escuetamente.

Salieron a la calle. Algunos vecinos corrían con linternas en las manos.

—Ha sido en casa de Neustadt —gritó uno.

Wanderer sintió una especie de golpe en el pecho. No era supersticioso, pero ahora, por si acaso, tenía la escopeta cargada con los cartuchos de postas de plata.

En unión de Ulrika, corrió hacia donde se dirigía la pequeña muchedumbre. Momentos después, alcanzaban una pequeña casita,

de una sola planta, situada casi en las afueras del pueblo.

Wanderer entró con los demás. Un cuadro espantoso se presentó ante sus ojos, cuándo llegó a la puerta del dormitorio del viejo cazador.

Detrás de él, alguien dijo autoritariamente:

—No permitan que lo vea su esposa.

Dos mujeres se acercaron al dormitorio contiguo. Wanderer supo así que Neustadt y su esposa dormían en habitaciones independientes.

—¡Está desmayada, doctor! —dijo una de ellas.

El mismo que había hablado antes abrió el maletín.

—Hagan que tome esta tableta cuando despierte —indicó.

—Sí, doctor.

Wanderer y Ulrika se sintieron espantados al contemplar aquel espeluznante cuadro. Había sangre por todas partes y en la habitación se veían las señales de una feroz pelea. Era indudable que, a pesar de su avanzada edad, Neustadt se había defendido con las fuerzas que le infundía la desesperación.

De pronto, uno de los vecinos exclamó:

—¡Mirad, hirió al lobo!

Y se agachó, para recoger un cuchillo manchado de sangre que había en el suelo.

El médico, mientras tanto, examinaba el cuerpo del viejo cazador. Momentos después, lo cubrió con una manta.

—No hay nada que hacer —dijo—. La fiera le destrozó la garganta.

—Pero ¿por dónde entró? —preguntó Wanderer.

La mano del médico señaló hacia la ventana, cuyos cristales aparecían rotos.

—Por ahí —dijo—. Y por ahí escapó.

Afuera, un hombre gritó:

—El lobo está herido. Hay rastros de sangre en la nieve. Debemos seguirle, para rematarlo en cuanto lo encontremos.

Pero aquella propuesta no encontró una acogida precisamente entusiasta. Al contrario, muchos echaron a correr y Wanderer adivinó que atrancarían las puertas y las ventanas de sus casas.

En vista de que ya no podía hacer nada por el infortunado Neustadt, salió a la calle. Sí, al pie de la ventana había manchas de

sangre.

Eran grandes, redondas, como originadas por gruesos goterones desprendidos de la carne herida por el cuchillo del cazador. Las manchas se alejaban en dirección al tétrico bosque de Kirsonfeld, cuya masa oscura se adivinaba a la luz de la luna, cerrando el horizonte siniestramente.

Wanderer volvió los ojos hacia la muchacha.

—Lastimoso —murmuró.

Ulrika asintió.

—Pobre Richard… ¿Por qué le atacó a él el lobo precisamente?

—Su casa está casi fuera de la aldea y el acceso no es difícil para una bestia que debe de pesar sesenta o setenta kilos. Dejando de todo lo que representa la muerte de Neustadt, lo peor de todo es que no tenemos el mapa que nos prometió.

—¿Sigue empeñado en conocer Schwarzhaus?

—Ahora más que nunca, Ulrika.

Ella sintió un fuerte escalofrío.

—Tengo un miedo espantoso…, pero iré con usted —dijo valerosamente.

—Sí, porque resultará muy interesante averiguar si la leyenda de la mujer-lobo es cierta y, en este caso, conocer los motivos por los cuales no me atacó esta noche y, en cambio, se vino a la casa del pobre Neustadt.

—¿Qué está diciendo, Dieter? —exclamó Ulrika, vivamente sorprendida.

Wanderer agarró el brazo de la muchacha y se la llevó lejos de allí.

—Minutos antes de que el lobo atacase a Neustadt, lo vi yo, ante mi ventana, tan bien como la estoy viendo a usted en estos momentos —dijo.

Ella le miró atónita.

—No, no estoy loco ni deliro, ni me emborraché antes de ir a la cama —prosiguió él—. Vi al lobo… o mejor dicho, a la loba blanca, sobre el emparrado que hay al pie de mi ventana. Y ella tocó con su pata en los cristales un par de veces, como si quisiera entrar en mi habitación. Naturalmente, yo agarré la escopeta y me dispuse a hacer fuego, pero, en aquel momento, algo la asustó o quizá notó que no podía entrar; el caso es que se marchó. Momentos después,

fue cuando atacó al pobre Richard.

—Es una historia fantástica —contestó Ulrika.

—No le he pedido que me crea, sino que me escuche —puntualizó Wanderer.

CAPÍTULO VII

El ambiente, a la mañana siguiente, era opresivo. Las gentes circulaban en silencio por la aldea. Muchos de los hombres iban armados con escopetas de caza. El cielo continuaba cubierto, aunque no parecía que iba a nevar de nuevo.

La temperatura era fría, lo que impidió la fusión de la escasa capa de nieve caída durante la víspera. A media mañana, Wanderer bajó a la confortable sala de la posada.

Hofburg le informó que algunos cazadores habían salido tras el rastro del lobo que mató a Neustadt, pero que se habían vuelto al llegar a la linde Kirsonfeld.

—Richard hirió a la bestia antes de morir —dijo el tabernero—. Los cazadores siguieron fácilmente el rastro de sangre. La loba se paró un par de veces. Por las huellas, se ha sabido que tiene la herida en la pata delantera izquierda.

Ulrika se reunió con el joven poco después. Pasado el mediodía, acudieron a los funerales.

El párroco de la pequeña iglesia pronunció un sermón sobre la inmortalidad del alma e hizo el elogio póstumo del difunto. Acabó conjurando a las fuerzas del mal para que no causaran daño a los cristianos que sentían su fe con sinceridad.

Después, se efectuó el entierro. Wanderer vio a una anciana sostenida por dos mujeres y supuso que sería la señora Neustadt. La mujer estaba muy abatida, por lo que se propuso visitarla en otro momento más adecuado.

Anochecía ya cuando regresaron a la taberna. Wanderer necesitaba confortarse y pidió un *whisky* doble. Ulrika encargó café y una copa de *brandy*, que vertió en la infusión.

—Estamos muy deprimidos —comentó.

—Siento terriblemente la muerte del pobre Richard —dijo

Wanderer—. Mañana iré a visitar a su viuda.

—¿Y después?

—Trataré de llegar a Schwarzburg. La casa está abandonada. Probablemente, medio en ruinas, si no en la ruina total. Dejando de lado otras consideraciones, estimo que será un buen modelo para un paisajista.

—Eso es cierto, pero, al mismo tiempo que los lápices y el cuaderno de dibujo, no se olvide de llevar la escopeta.

—Con balas de plata, claro —sonrió él. De pronto, se puso serio —. Ulrika, ¿no cabe la posibilidad de que la loba no me atacase a mí y si a Neustadt, debido a que éste ya no tenía los cartuchos cargados con balas de plata?

—Richard no hizo ningún disparo; se defendió con el cuchillo — le recordó la muchacha—. ¿Cómo podía saber la fiera que usted estaba en condiciones de dispararle una descarga de postas de plata?

—Pero es que ni siquiera había puesto aún esos cartuchos en las recámaras del arma.

Ulrika meneó la cabeza.

—Desengáñese, Dieter —dijo—. Son elucubraciones sin fundamento. La bestia atacó a Richard por la sencilla razón de que pudo penetrar en su casa con más facilidad que en la habitación de usted.

De repente, la puerta de la posada se abrió y un hombre entró con paso rápido.

—¡Eh, posadero! —gritó autoritariamente—. ¿Hay una habitación para un viajero cansado y aterido de frío?

* * *

El recién llegado era alto y fornido, con una doble papada que, junto con el color rojo de sus redondas mejillas, eran el rasgo más característico de su fisonomía. Después de charlar unos momentos con Hofburg, pareció reparar que había alguien más en la sala.

—Hola, amigos —dijo, a la vez que se acercaba a la pareja, con una copa en la mano—. Permítanme que me presente. Soy Karl Jonas Frussig, pero pueden llamarme Karl a secas. ¿Me autorizan a que les invite a una copa?

Wanderer sonrió.

—Es usted muy amable, señor Frussig —contestó—. Le presento a Ulrika Metzenn, Yo me llamo Dieter Wanderer.

—Encantado, amigos —dijo Frussig—. ¡Posadero, dos copas para el señor y la señora…!

—Señorita, no estoy casada todavía —sonrió la muchacha.

—Lástima que yo si esté casado —rió el forastero estruendosamente—. ¿También están aquí por culpa de los lobos?

—¿Cómo dice? —se asombró Wanderer.

Hofburg llegó con una bandeja, y sirvió a los dos jóvenes. Frussig había despachado su copa en dos tragos y se la tendió para que se la llenase de nuevo.

—Soy un buen cazador, modestia aparte —declaró Frussig—. No tengo balas de plata en mi escopeta, pero mi puntería es infalible. Quiero hacerme con la piel de la loba blanca.

—¿De dónde ha sacado usted eso de la loba blanca? —preguntó Ulrika.

—Hace un par de años pasé por aquí, pero entonces tenía prisa. Además, era verano y a los lobos les sobra comida. Ésta es la buena época para cazarlos, créame.

—Quizá es la peor época. Tienen hambre y son mucho más feroces —dijo Wanderer.

Frussig soltó una estentórea carcajada.

—No hay ferocidad que valga con una buena escopeta y los cartuchos cargados con perdigones loberos. Mi vista es buena y… Volviendo a lo que decía, fue entonces cuando un viejo cazador me contó lo de la reina de los lobos. Hoy me he enterado por la radio de que el pobre Richard ha muerto destrozado por un lobo. Inmediatamente, supuse que había sido la loba blanca y, sin pérdida de tiempo, me puse en camino. Mañana, en cuanto se haga de día, me adentraré en Kirsonfeld.

—Puede perderse —apuntó Ulrika.

—Tengo una brújula y soy experto en moverme por los bosques más intrincados —aseguró el locuaz Frussig—. Saliendo a las siete de la mañana, tendré, hasta las cinco de la tarde, diez horas. Es tiempo más que suficiente para dar una buena batida. Si no encuentro nada, volveré y compraré un cordero en trozos, para ponerlos como cebo. Veremos si entonces liquido o no a esa reina de los lobos. —Soltó una ruidosa carcajada y añadió—: ¡Les aseguro

que su piel será un magnífico trofeo en mi casa!

Wanderer hizo un gesto con la cabeza. Fue a decir algo, en aquel momento, se abrió de nuevo la puerta y una anciana entró en la posada.

La mujer se dirigió hacia el mostrador y habló con Hofburg. Éste le señaló a Wanderer.

Ella se acercó a la mesa.

—Señor Wanderer…

El joven se puso en pie inmediatamente. Acababa de reconocer a la viuda de Neustadt.

* * *

—Deseo hablar a solas con usted, señor Wanderer —manifestó la anciana.

—Por supuesto. Venga, nos sentaremos allí… Wanderer preguntó a la mujer si quería tomar algo. Ella denegó con un leve gesto de su cabeza.

—Mi pobre Richard ha muerto, destrozado por la loba blanca —dijo—. Richard me habló de usted muy bien, señor Wanderer. Pero murió antes de que pudiera cumplir los deseos que usted le había expresado.

—No entiendo —dijo el joven, desconcertado.

La anciana metió una mano debajo del abrigo de paño con que se cubría y sacó dos objetos. Uno de ellos era un pequeño rollo de papel.

—Aquí está el mapa que Richard trazó anoche, con el camino de Schwarzhaus —indicó—. En uno de los ángulos del papel, hay una lista de las mujeres que murieron a manos de la baronesa. Richard lo copió de un viejo cuaderno en que su abuelo había escrito una especie de relato de aquellos horribles crímenes.

—Señora, no sé cómo darle las gracias…

—Lo único que quiero es que mate a esa maldita loba. Es un verdadero demonio; cuando quiere, es una hermosa mujer, pero se transforma en una loba a voluntad. Ilse los cartuchos que le dio Richard; él hubiera ido a buscar a la fiera, pero los años le pesaban ya mucho. Y los hombres de la aldea no se distinguen precisamente por su valor —añadió con triste mordacidad.

—Sí, entiendo.

—La loba es un diablo. O una diablesa, como quiera. Pero no le atacará si se cuelga usted esto del cuello señor Wanderer.

Las sarmentosas manos de la anciana tendieron hacia Wanderer una diminuta botella, poco mayor que su pulgar, forrada de piel curada. Dos pequeñas asas que había en el gollete servían para sujetar los dos extremos de un cordón de seda.

—Esta redoma contiene agua bendita, el mejor remedio contra un diablo, tome o no la forma de una mujer o de un lobo —añadió la señora Neustadt. De repente, se puso en pie—. ¡Por la memoria de mi esposo, mate a esa loba!

—Haré lo que pueda, señora —prometió el joven.

Ella le dirigió una triste sonrisa y se marchó. Después de algunos segundos de duda, Wanderer regresó a la mesa en que se hallaban Ulrika y Frussig.

—Era la señora Neustadt —dijo.

—Sí, lo sé —manifestó Ulrika—. ¿Quería algo, Dieter?

—No, nada en particular. —Wanderer no sentía deseos de hablar en presencia de un hombre como el presuntuoso Frussig—. Simplemente, me preguntó si su difunto esposo me había entregado los cartuchos cargados con postas de plata.

—¡Postas de plata! —rió Frussig sonoramente—. ¡Qué tontería! Lo único que necesita un lobo son postas de plomo… pero disparadas con buena puntería. En eso soy bueno, créanme.

Wanderer y la muchacha cambiaron una mirada. Aquel fanfarrón les desagradaba, pero ambos pensaron simultáneamente que no valía la pena indisponerse con él.

—Sí, eso es justamente lo que se necesita —convino Wanderer —. Buena puntería, señor Frussig.

* * *

Un lobo aulló a lo lejos. Tendido en la cama, Wanderer contemplaba el mapa trazado por la mano de Neustadt. Las líneas denotaban una mano de pulso ya inseguro por la edad, pero, en general, la descripción topográfica del terreno resultaba clara y no había dificultad alguna para identificar los detalles geográficos.

En el ángulo superior izquierdo había una pequeña lista. Seis nombres de mujer, seis víctimas de los celos de Andrea von Hoffer, en cierto modo, y a su vez, una desgraciada víctima de las

intemperancias de su esposo, el barón.

Las seis mujeres habían sido enterradas en la cripta de Schwarzhaus. ¿Dónde habían sido enterradas la baronesa y su casquivano esposo, Hans Peter von Hoffer?

Apagó la luz. De nuevo se habían despejado las nubes. La luz de la luna entraba a raudales en la estancia.

Poco a poco, Wanderer se sintió invadido por una dulce languidez. Al fin, se durmió.

De repente, despertó, sintiendo una presencia extraña en la habitación.

Abrió los ojos. La luz de la luna atravesaba fácilmente el finísimo tejido, permitiendo ver la escultural figura de una mujer situada en pie, a dos pasos de la ventana. El lado derecho de su cara permanecía en la sombra, pero el izquierdo aparecía brillantemente iluminado.

—Ilse —murmuró Wanderer.

Hubiera gritado, pero una fuerza superior le impedía emitir sonidos de gran volumen. En la boca de la mujer apareció de pronto una dulce sonrisa.

Sus brazos emergieron de la liviana prenda que cubría su cuerpo, tendiéndose hacia el joven.

—Amor mío —dijo.

Wanderer no sabía cómo había llegado Ilse, pero claramente se daba cuenta de que algo irresistible le impulsaba hacia ella. El hombre y la mujer, casi de repente, se confundieron en un estrecho brazo, estallante de pasión.

Las dos bocas se confundieron. Hubo un momento en que se separaron. Wanderer sintió que una mano de indescriptible suavidad le acariciaba la mejilla.

—Hans, Hans Peter, amor mío… —susurró ella—. Por fin te he encontrado…

Wanderer notó que ella pronunciaba un nombre equivocado, pero no le importó. Ella le atraía y le subyugaba irresistiblemente. Fuese lo que fuere lo que luego pudiera ocurrirle, no quería romper el ardiente abrazo.

Luego, la luz de la luna se extinguió y la oscuridad recayó sobre el dormitorio.

Wanderer despertó a la mañana siguiente, preso de una extraña

sensación, en modo alguno desagradable.

—He soñado —fue lo primero que se dijo.

Bostezó, estiró los brazos y entonces fue cuando vio la advertencia pintada con letras rojas en la pared.

Una terrible sacudida recorrió su cuerpo. Faltaba la huella de la pata del lobo, pero la letra era idéntica a otra ya conocida.

Sin embargo, en aquellas palabras escritas en la pared, creyó advertir una súplica más que una amenaza:

¡NO VAYAS, NO VAYAS A SCHWARZHAUS!

CAPÍTULO VIII

Ulrika acogió al joven con una burlona sonrisa.

—Se le han pegado las sábanas —dijo.

—Sí —admitió él lacónicamente.

La rolliza esposa del posadero le sirvió el desayuno. Para su asombro, Wanderer se dio cuenta de que tenía un excelente apetito.

—¿Y bien? —dijo ella, impaciente—. ¿Es que no tiene nada que contarme?

—¿Acaso sabe que, en efecto, tengo algo que contarle?

—Lo presiento. Está un poco pálido y algo ojeroso. ¿Ha pasado mala noche?

—Ulrika, no sé si ha sido sueño o realidad…, pero Ilse ha estado de nuevo conmigo.

La muchacha se quedó parada.

—Dieter, usted bromea —dijo.

—Me gustaría saber si lo que ha sucedido fue sólo un sueño o bien ocurrió realmente. Pero de lo que no cabe duda es del aviso que ella me ha dejado escrito en la pared.

—Vamos, vamos, no trate de burlarse de mí…

—Hablo en serio, Ulrika. Le autorizo a que suba a mi habitación. Lea lo que ha escrito en la pared situada a la izquierda de mi cama.

Ella se puso en pie de repente.

—De acuerdo, voy a verlo —dijo.

Maquinalmente, Wanderer acarició la redoma con el agua bendita que llevaba colgada del cuello. ¿Le habría abrazado Ilse, de llevar la redoma colgada?

El mapa y la botellita habían ido a parar al cajón de su mesilla de noche, al disponerse a dormir. Pero ahora, al levantarse, Wanderer había decidido que ya no se quitaría la redoma, al menos, mientras permaneciese en las inmediaciones de Kirsonfeld.

Una cosa le extrañaba sobremanera. El primer aviso, mencionaba Kirsonfeld. Ahora, la advertencia se refería a Schwarzhaus. ¿Por qué la diferencia?, se preguntó.

Ulrika llegó en aquel instante.

—Dieter, usted ha soñado —dijo—. Y no se lo reprocho, porque, como yo, tiene los nervios de punta.

—¿Qué está diciendo, muchacha?

—No hay nada escrito en ninguna de las paredes de su habitación.

Wanderer fue a levantarse, pero se lo pensó mejor y permaneció sentado. No había ni que dudar de las palabras de Ulrika. Ella estaba fresca y despejada y su mente no estaba cargada con ciertas impresiones, que habían podido parecerle realidad absoluta en algunos momentos.

—Tal vez lo he soñado, en efecto —convino con una sonrisa de circunstancias.

—Eso ha sido, no cabe duda —sonrió Ulrika—. Dieter, es ya muy tarde. Si hemos de ir a Schwarzhaus, tendremos que salir más temprano.

—Lo siento. No pensé que…

Ulrika le dirigió una sonrisa compresiva.

—Despreocúpese, hombre —dijo—. ¿Qué le parece si damos un paseo para estirar las piernas? Aunque hace frío, no sopla viento y creo que nos sentaría bien estirar las piernas. Pero mañana habremos de madrugar, tal como hoy lo ha hecho ese tipo presumido e impertinente que se llama Frussig.

—Lo había olvidado —confesó Wanderer—. ¿Dónde?

—Cumplió su palabra. Apenas se hizo de día, salió a cazar la loba blanca —respondió Ulrika.

* * *

Paso a paso, Karl Jonas Frussig avanzaba por el bosque, en el que reinaba un absoluto silencio. En algunos puntos, la nieve alcanzaba un espesor de veinte o treinta centímetros, pero, en general, sus botas tocaban el suelo casi continuamente. Las copas de los árboles habían retenido mucha de la nieve caída dos días antes. Las manchas de hierba aparecían con notable frecuencia.

Frussig llevaba toda la mañana caminando, sin haber encontrado

el menor rastro de lobos. No se desalentaba, sin embargo, sabía que al día siguiente podría volver con unos trozos de carne como cebo. En realidad, aquella salida era más bien explorativa. Si encontraba huellas de lobos, podría saber aproximadamente, los lugares donde le convendría más colocar los cebos.

De repente, al otro lado de un grupo de arbustos particularmente espeso, apareció una mujer.

Frussig se quedó atónito. Lo que menos había esperado era encontrarse con una mujer en aquellos parajes desiertos y menos todavía que fuese aún joven y de extraordinaria belleza.

—Señora… —dijo.

Ella sonrió suavemente.

—Se ha perdido, sin duda, caballero.

—Pues…

Frussig estaba paralizado por el asombro. Delante de él, la mujer le miraba sonriente. Vestía gorro de piel y llevaba un abrigo del mismo material, de color gris muy claro, casi blanco. Sus pies estaban calzados con botas altas de cuero, de tacón bajo.

—Siga por ahí, caballero —dijo ella—. No tardará en encontrar lo que busca.

—Señora, yo quisiera saber…

—Adiós.

La mujer echó a andar y desapareció en contados segundos de la vista del cazador. Frussig, perplejo, tardó algunos segundos en reaccionar.

—Debe de ser la dueña de Schwarzhaus —dijo a media voz—. Pero en Bawurass me contaron que…

Acabó por encogerse de hombros. Ella debía de conocer bien el bosque. ¿Por qué no seguir sus indicaciones?

Pasó al otro lado del grupo de matorrales. Avanzó unos pasos más y, de repente, se hundió en la nieve hasta la cintura.

Frussig maldijo entre dientes, mientras forcejeaba para salir de aquel pequeño pozo. La lisura de la capa superior de nieve le había engañado.

De repente, oyó a su izquierda un sordo gruñido.

Volvió la cabeza. Los cabellos se le erizaron de espanto.

A cuatro pasos de distancia, había un enorme animal de piel casi blanca, enseñando unos colmillos monstruosos, que blanqueaban

siniestramente en unas fauces rojas. Los ojos del animal parecían de fuego vivo.

Frussig buscó la escopeta, que había perdido momentáneamente al hundirse en el hoyo. En aquel momento, atacó la fiera.

El cazador gritó desesperadamente. Era un hombre de tremenda fuerza física y, en cierto modo, braceando y manoteando frenéticamente, consiguió rechazar la primera embestida del animal. Incluso consiguió salir del hoyo, pero la fiera cayó de nuevo sobre él.

Durante unos momentos, hombre y bestia lucharon con terrible violencia. Los chillidos se confundían con los gruñidos. En el suelo nevado, dos formas distintas peleaban salvajemente.

De repente, unas poderosas mandíbulas, armadas con dientes y colmillos afiladísimos, encontraron una garganta humana. La sangre brotó a chorros.

Hubo unos fuertes espasmos en el cuerpo del cazador. Después, lentamente, Frussig se relajó hasta quedarse completamente quieto.

Entonces, la bestia blanca apoyó ambas patas delanteras sobre el pecho de su víctima y ululó larga y repetidamente.

Los lobos aullaron en distintos puntos del bosque. Luego, atraídos por la llamada de su reina, acudieron trotando para tomar parte en el macabro festín.

A varios kilómetros de distancia, en la linde de Kirsonfeld, Wanderer y Ulrika oyeron aquel tétrico ulular, si bien atenuado por la lejanía. Y también escucharon los aullidos de respuesta de los lobos.

Ulrika se estremeció.

—Vámonos, vámonos —dijo.

Wanderer asintió. Delante de ellos, el bosque de Kirsonfeld ofrecía un aspecto terrorífico. Le pareció que era un enorme monstruo, que colaboraba en la destrucción de las personas con las fieras que habitaban en su seno.

Y sin embargo, sabía que tenía que ir a Schwarzhaus.

Frussig no volvió aquella noche a Bawurass.

* * *

Al día siguiente, cuando las sombras nocturnas no se habían alejado todavía, Wanderer y Ulrika estaban dispuestos ya para la

marcha.

Por si lo necesitaban en un alto, Hofburg había hecho que su esposa les preparase unos bocadillos, que junto con una garrafita de buen *brandy*, pusieron en una bolsa. Wanderer se la colgó del hombro y, con la escopeta en la mano derecha, se dispuso a salir de la posada.

Los dos iban bien abrigados con cómodos y holgados chaquetones. Ulrika se había puesto pantalones y botas altas, altas. Un gorro de piel cubría su dorada cabellera, de la que escapaban algunos rizos por debajo de los bordes, Wanderer prefería usar un sombrero de fieltro verde, con una plumita roja.

La escopeta estaba cargada con los cartuchos de postas de plata. Wanderer sentía en la piel de su pecho el contacto de la redoma que le había dado la señora Neustadt.

—Quizá hoy sepamos si la loba blanca es un animal solamente o se trata de una diablesa —dijo, cuando pasaban ya ante las últimas casas del pueblo.

Instintivamente, Ulrika hizo la señal de la cruz.

En los primeros momentos, caminaron a buen paso. Aunque Wanderer tenía una excelente memoria, prefería consultar el mapa de vez en cuando, ordenando las oportunas rectificaciones de rumbo, con la ayuda de la brújula que había comprado la víspera.

El frío era muy vivo. Las nubes, bajas, parecían inmóviles sobre ellos. Pero Wanderer sabía que a la noche, por encima de aquella espesa capa, brillaría la luna en todo su esplendor.

O las nubes se apartarían, como había sucedido en las noches precedentes. Entonces, la loba blanca abandonaría su cubil…

Todavía no había conseguido saber si la advertencia que había leído al despertarse era realidad o producto de una mente sobreexcitada. La pared estaba limpia y no había en ella el menor rastro de pintura. Pero él, estaba absolutamente seguro, había leído las frases por Ilse.

¿Ilse o Andrea?, se preguntó.

Ulrika, de pronto, pareció adivinar sus pensamientos.

—Tenía los dos nombres —dijo.

—¿Cómo?

—Hablé anoche con la señora Hofburg. Ella recuerda muy bien la historia. Su abuela y su madre se la repitieron muchas veces. La

baronesa se llamaba Ilse Andrea Charlotte y el apellido de soltera era Tsorwakopf.

—Pero murió en Schwarzhaus.

—Sí, se supone, aunque nadie la vio morir.

—¿Y a su esposo?

—Ella lo mató. Los sirvientes abandonaron entonces la casa.

—¿Quién enterró al barón?

—Es de suponer que fuera ella. Si se quedó sola, ¿quién más podía hacerlo?

—¿Sabe el nombre del barón?

—Sí. Se llamaba Hans Peter.

Wanderer calló un momento.

Ilse había usado ese nombre para dirigirse a él. ¿Cómo había podido confundirle con un esposo muerto ya casi cien años antes?

Pero ¿era Ilse en realidad o se trataba de una persona que utilizaba ese nombre? Lo ocurrido en la posada dos noches antes podía achacarse a un sueño, influenciada su mente por el ambiente y las continuas charlas acerca del tema. En cambio, lo que había pasado en su casa de Hannover no fue un sueño, sino absoluta realidad.

Él no había soñado que Ilse le visitaba y que le había tenido en sus brazos y que había conocido el calor de sus besos. La amenaza escrita, con la huella de la pata del lobo, era algo tangible. Fahnenburg lo había corroborado, al informarle de que tanto la huella como la advertencia habían sido trazadas con sangre de lobo.

—Ulrika, quiero hacerle una pregunta —exclamó de pronto.

—Sí, diga, Dieter.

—Supongamos que la noche se nos echa encima. ¿Se sentiría capaz de pernoctar en Schwarzhaus?

—La casa está a unos siete kilómetros de la linde. Es una distancia que se puede recorrer fácilmente, de ida y vuelta, durante las horas de luz.

—Eso no contesta a mi pregunta —dijo él.

—Si encontramos la casa y podemos despachar antes de que sea de día, ¿por qué quedarnos allí a dormir?

—Olvida usted que una de las cosas que debemos averiguar es el paradero de Nina Wangehl.

—Pero ¿estará en Schwarzhaus?

Wanderer calló. Llevaban ya un par de horas de camino y aún no habían encontrado el menor rastro, de la casa, a pesar de que estaba seguro de que seguían la ruta correcta.

De repente. Ulrika lanzó un agudo chillido.

Wanderer se detuvo y extendió la mano. Palideció horriblemente al ver lo que había sobre el suelo nevado, a cuatro pasos de distancia.

CAPÍTULO IX

Las ropas aparecían destrozadas, desgarradas… Había abundantes manchas de sangre ya coagulada en el suelo nevado. De aquel cuerpo humano apenas si quedaban algunos jirones de carne, algunos fragmentos de vísceras… En la cabeza, casi por completo descarnada, un ojo, extrañamente intacto, brillaba con espantosa frialdad.

Hasta las fuertes botas de cuero habían sido rasgadas por las poderosas mandíbulas de los lobos. Las fieras habían devorado incluso algunos huesos menores de las manos y los pies.

La escopeta aparecía medio hundida en un hoyo de nieve. Los cartuchos se veían esparcidos por todas partes.

Ulrika gimió y Wanderer creyó que iba a desmayarse.

—Venga aquí —dijo, a la vez que tiraba de su brazo.

Ella obedeció mansamente, Wanderer vio un tocón y la hizo sentarse en él. Luego abrió la bolsa, para sacar la cantimplora con el *brandy*.

—Beba un buen trago —aconsejó.

Ulrika asintió con débil gesto. Bebió un poco, tosió un par de veces y luego devolvió la cantimplora.

—No puedo más —jadeó—. Creo que estoy… Tengo unas náuseas horribles…

—Procure contenerse. La muerte de Frussig es algo que ya no se puede remediar.

—¿Es… era Frussig?

—No cabe la menor duda.

Ulrika inspiró fuertemente.

—Creo… que incluso sabemos la hora en que murió —dijo.

—¿Por qué hemos de saberlo?

—Acuérdese de los aullidos de los lobos ayer, cuando nos

acercamos a la linde del bosque. Debían de estar rodeando ya a Frussig.

—Pero no sonó ningún disparo —dijo Wanderer preocupadamente.

—Quizá le atacaron por sorpresa. Si perdió el arma en la primera embestida, ya no pudo emplearla.

—Sí, parece lógico —convino él—. Pero esto echa por tierra la leyenda de la reina de los lobos.

—¿Cómo dice?

—Esa fiera sólo ataca por la noche. Pero Frussig murió durante el día.

—No sabemos nada de sus costumbres. Si pudiéramos hablar con ella… —De pronto, Ulrika se echó a reír nerviosamente—. No me encuentro bien —exclamó—. ¡Hablar con una loba!

—Lo que resultaría más conveniente, mejor que hablar, sería echarle el ojo… por encima de los cañones de una buena escopeta.

Wanderer y Ulrika se volvieron al mismo tiempo, terriblemente asombrados al oír una voz desconocida que sonaba de manera tan inesperada.

Un hombre, bajo, membrudo, avanzó hacia ellos, sonriendo de una manera singular.

—Otra víctima de la reina de los lobos —dijo.

—¿Quién es usted? —preguntó Wanderer.

—David Pfalz. Yo también busco a esa fiera, como la buscaba mi hermano Udo.

Pfalz hizo un gesto con la cabeza.

—La loba está ahí, en Schwarzhaus —añadió.

—¿Qué sabe usted de ella? —preguntó Wanderer, después de haber dado a conocer su nombre y el de la muchacha.

Pfalz escupió a un lado.

—Nada bueno —contestó—. ¿No han visto el esqueleto de ese desdichado? Mi hermano Udo también la buscaba y murió, supongo, en Schwarzhaus. Y digo que supongo, porque hace ya tres semanas que no tenemos noticias suyas.

—¿En qué fecha se produjo, según usted, la muerte de su hermano, señor Pfalz?

—El día veintidós de octubre.

Wanderer asintió. Aquella fecha correspondía a la noche que su

amigo Kapp había pasado en la casa negra.

—Es decir, se dejó atrapar por la loba blanca.

—Es un demonio. O una diablesa, como quieran. Cuando le apetece, toma el aspecto de una loba. Otras veces aparece como una hermosa mujer, de enorme atractivo sensual.

—¿La ha visto usted alguna vez?

Pfalz meneó la cabeza.

—Sólo pienso verla por encima del cañón de mi escopeta —dijo, fanfarrón—. Y tengo buena puntería, créame —añadió, mientras palmeaba la culata del arma.

—Estará cargada con balas de plata, supongo.

—No haga caso de tonterías. Mujer o bestia, las postas de mi escopeta acabarán con ella apenas la tenga en el punto de mira. Bien, ¿ustedes se vuelven a Bawurass o siguen hasta Schwarzhaus?

—¿Conoce usted el camino, señor Pfalz?

El tipo soltó una risita.

—He pasado cerca de aquella casa en más de una ocasión —contestó—. Por supuesto, en el buen sentido. Pero si mi hermano hubiese vuelto a casa, créanme, ye no estaría aquí. ¿Vienen o se quedan?

Wanderer miró a la muchacha.

Ulrika se puso en pie.

—Sí, vamos —exclamó, resuelta.

* * *

Dos horas más tarde, Pfalz confesó que había perdido el camino.

—Quise decírselo antes, pero confié en sus declaraciones —manifestó Wanderer.

—¿Es que usted sabe dónde está la casa?

—Neustadt me dejó un mapa.

—El viejo chocho… —Gruñó Pfalz—. Está bien, sigamos,

—Lo siento —dijo Wanderer—. La señorita y yo vamos a descansar y tomar un bocadillo. Todavía tenemos tiempo de sobra.

Pfalz se encogió de hombros.

—Como quieran. Yo no estoy cansado —aseguró.

Y siguió andando, hasta perderse en la espesura.

—Dieter, sospecho que usted ha maniobrado para conseguir que Pfalz se separase de nosotros —dijo Ulrika, cuando creyó que el

sujeto no podía oírla.

Wanderer hizo un gesto de asentimiento.

—Tiene usted razón. En los últimos momentos, empezaba a recelar ya de ese tipo. No me parecía demasiado decente, aun dando como buena la historia de la muerte de su hermano, el día en que Kapp llegó a Schwarzhaus.

—¿Qué es lo que le hizo sospechar de él?

—En los dos últimos cuartos de hora, nos llevaba dando un rodeo, que no iba a conducirnos precisamente a nuestro destino. Pensé, al principio, que podía conocer un atajo o un camino más seguro, pero no ha sido así. Las indicaciones del mapa son terminantes.

—Comprendo. ¿Estamos muy lejos de Schwarzhaus?

—Según el mapa, a menos de mil metros, Ulrika.

Ella lanzó un profundo suspiro.

—Ya se acaba la caminata, aunque usted tiene razón: nos conviene comer algo. Pero hay una cosa que me extraña —manifestó.

—¿Sí, Ulrika?

—¿Por qué quería engañarnos Pfalz? Un hombre como él, debería de estar ansioso de tener compañía, sobre todo, porque habría contado con una escopeta más. Y no ha sido así. ¿Se le ocurre usted alguna idea sobre los motivos que haya podido tener para actuar de tal forma?

Wanderer movió la cabeza negativamente.

—No, no se me ocurre nada —contestó—. Pero le aseguro que Pfalz es de la clase de individuos cuya compañía no se echa nunca en falta.

—Sí, es cierto —convino la muchacha.

Mientras hablaba. Wanderer había abierto ya la bolsa, de la que sacó un par de bocadillos. Sentados sobre un tronco caído en el suelo, comieron con magnífica apetito. Wanderer tenía la escopeta constantemente al alcance de su; mano.

En el bosque reinaba un silencio absoluto, impresionante. De vez en cuando, Ulrika miraba a su alrededor.

—¿Teme algo? —preguntó él.

—No, pero este silencio…

—Impresiona en efecto. ¿Un traguito de *brandy* para rematar el

almuerzo?

Ulrika aceptó con una sonrisa. Una rama chasqueó súbitamente, quebrada sin duda por la vejez, y ella emitió un leve grito de susto.

—No tema, sólo se ha partido una rama —sonrió Wanderer.

Al terminar, encendió dos cigarrillos y le dio uno. Ulrika seguía mirando nerviosamente a su alrededor.

—No sé, pero tengo la impresión de que alguien nos espía —murmuró.

Wanderer agarró la escopeta.

—Los lobos no son. Ya los habríamos oído hace rato —dijo.

—Pero atacan en silencio…

—Sólo en los últimos metros, aunque gruñen cuando se disponen a morder. No hay ningún lobo cerca, por la sencilla razón de que no hemos oído ningún aullido en todo el día.

Pasados unos momentos. Wanderer dejó la escopeta a un lado y sacó el mapa para consultarlo. Después preguntó a la muchacha si estaba lista para reanudar la marcha.

—Sí, cuando quiera —respondió ella.

De nuevo se pusieron en movimiento. Ulrika hacía heroicos esfuerzos para olvidar el horrible cuadro que había presenciado. Aún le parecía estar viendo los espantosos despojos que los lobos habían dejado de un cazador fanfarrón. Sobre todo, aquel ojo en un cráneo sin apenas carne…

Media hora más tarde, Wanderer se detuvo y frunció el ceño.

—¿Qué le pasa, Dieter? —preguntó Ulrika.

El joven sacó el mapa y lo consultó una vez más.

—Es curioso —dijo—. Schwarzhaus debería de estar aquí, a menos de cincuenta pasos, pero, sin embargo, no hay el menor rastro de ninguna casa.

Ulrika exploró el panorama con la vista. A todas partes adonde miraba, veía árboles de gran frondosidad y espesísimos matorrales, que impedían la visión más allá de unos metros de distancia.

El bosque era impenetrable, denso, casi intraspasable… A Ulrika le pareció que la inmovilidad de los árboles, ramas, hojas, arbustos y matas de hierba, no significaba en modo alguno falta de vida.

Todo lo contrario, creía hallarse en el seno de alguna bestia durmiente, que despertaría en cualquier momento, para devorar a los osados que habían desafiado su sueño.

De repente, se oyó una estentórea carcajada.

Ulrika sintió miedo y se apretó instintivamente contra el joven. La risa brotaba de una garganta situada a una distancia indefinible. Dado el silencio que reinaba, Wanderer pensó que la persona que reía podía hallarse lo mismo a cien que a mil metros.

La carcajada se repitió un par de veces más. Luego volvió el silencio, espeso, abrumador…, lleno de terribles amenazas.

* * *

Varias horas más tarde, Ulrika, incapaz de dar un paso, encontró un tocón que asomaba entre unos hierbajos y se sentó, con claros síntomas de agotamiento.

—Lo siento, no puedo dar un paso más —confesó abatidamente.

Wanderer paseó la mirada a su alrededor. A pesar de los sucesivos intentos realizados, no había podido dar con la casa. En ocasiones le parecía que el edificio era algo móvil, que esquivaba su búsqueda, alejándose de ellos cuando estaban cerca. Pero el caso era que la luz del día empezaba a declinar y que, pese al mapa de Neustadt, no habían conseguido encontrar el edificio.

Era preciso pensar en el retorno, se dijo. En modo alguno podían consentir que la noche les atrapase en el bosque. No había seguridad para las personas en Kirsonfeld, después de puesto el sol.

Consultó la brújula. Para volver a Bawurass, tendrían que caminar recto hacia el sudeste. Dejaría que Ulrika descansara un poco y, entonces, a buen paso, alcanzarían la linde sin problemas.

Miró a la muchacha. Compadecido de ella, sacó la garrafita y se la ofreció.

—Tómese un buen trago; esto la reanimará —dijo.

—Dieter, nos hemos perdido —se lamentó ella.

—Volveremos mañana. Tarde o temprano, encontraremos Schwarzhaus.

—Me gustaría compartir su optimismo, pero…

Ulrika se llevó la cantimplora a los labios. De pronto, bajó las manos.

—¡Dieter! ¡He visto una luz! —gritó.

Wanderer se volvió. Ulrika se había puesto en pie y señalaba con la mano un punto de la espesura.

—Allí…, allí… Estoy absolutamente segura…

Wanderer se dio cuenta de que había menos luz ambiental de lo que parecía. Tapó la cantimplora y la devolvió a la bolsa.

—Vamos —dijo, a la vez que la ayudaba a ponerse en pie.

Ulrika caminó ahora con decisión. El bosque era espesísimo en aquel lugar y, en ocasiones, tenían verdaderas dificultades en dar un paso.

De repente, salieron a un claro de cierta extensión, rodeado por árboles de gran altura y copas muy frondosas. La casa de Andrea von Hoffer estaba allí.

CAPÍTULO X

Mientras contemplaba el tétrico edificio, Wanderer pensó que durante horas les había esquivado, haciéndose visible solamente cuando iba a caer la noche. Sí, aquélla era la casa donde una esposa celosa había dado muerte a seis mujeres y más tarde a su marido.

Y en aquella casa también, más personas habían encontrado la muerte: los dos oficiales ingleses, Udo Pfalz…, ¿y cuántos más habían muerto sacrificados a la insaciable voracidad de aquella diabólica reina de los lobos?

Había luces en un par de ventanas. Las otras tenían los postigos cerrados. Wanderer y Ulrika avanzaron en medio de un silencio absoluto, sepulcral. Cuando llegó a la puerta, Wanderer alzó el horrible llamador con forma de cabeza de lobo y lo dejó caer un par de veces sobre el disco de hierro en que se apoyaba.

Los golpes retumbaron con lúgubres ecos en el interior de la casa. Pero nadie acudió a abrir.

Wanderer hizo girar el pomo. Abrió la puerta.

Un grato calorcillo salió al exterior. Entraron juntos. Ulrika se agarraba con mano crispada al brazo izquierdo del joven. En la chimenea había algunos leños encendidos.

Wanderer apreció de inmediato la antigüedad de los muebles y la decoración. De repente, se oyó un seco golpe a espaldas de la pareja.

Ulrika gritó. Wanderer se volvió rápidamente, con la escopeta a punto. Pronto respiró aliviado.

—La puerta se ha cerrado por sí sola —dijo.

Ulrika hizo esfuerzos por dominar su nerviosismo. De pronto, lanzó una exclamación de asombro:

—¡Mire, la mesa está puesta y servida!

Wanderer se acercó a una mesa situada relativamente cerca de

la chimenea y alumbrada por dos candelabros, cada uno de los cuales tenía cuatro velas encendidas. Había dos botellas de vino, pan, copas y tres platos con carne que parecía asada.

De pronto, sonó una voz:

—¡Vaya, perece que han encontrado la casa!

Wanderer alzó la vista. Desde lo alto de la escalera, Pfalz les miraba sonriendo de un modo extraño.

—No será por su buena voluntad —contestó el joven secamente.

Pfalz lanzó una risita irónica a la vez que iniciaba el descenso de la escalera. Wanderer apreció que tenía los ojos enrojecidos.

—Encontré una botella y me la «trinqué» casi entera —declaró el sujeto llanamente—. Esto me dio sueño, como pueden comprender.

—Señor Pfalz, ¿por qué no quiso usted traernos a la casa? —preguntó Ulrika, rehecha ya de la impresión recibida.

El sujeto la miró un instante, y luego se encogió de hombros.

—Motivos particulares —contestó. Dejó la escopeta apoyada en la mesa y lanzó una de sus risotadas—. Demos gracias a la persona que se ha acordado de aliviar el hambre de unos cansados caminantes —añadió, mientras destapaba una de las botellas de vino.

Llenó una copa y la vació de un trago. Luego agarró dos rebanadas de pan y un tenedor, con el que puso una loncha de carne entre aquéllas.

—Vamos, hay comida y bebida —animó a la pareja—. ¿Qué más pueden desear?

—Señor Pfalz —preguntó Wanderer muy serio—, ¿ha encontrado alguna persona viviente en la casa?

—No, ni me interesa. Sólo me interesa… Bueno, no se lo voy a decir a ustedes —replicó el sujeto con cínica sonrisa.

Y. sin más, se llevó el sándwich a la boca y mordió con fuerza.

Un segundo más tarde, escupió violentamente el pan y la carne, lanzando a continuación una serie de violentas interjecciones:

—¡Maldita sea! ¿A quién se le habrá ocurrido poner filetes de lobo para cenar?

Ulrika oyó aquellas palabras y tuvo que ponerse una mano en la boca para contener las violentas náuseas que la habían acometido. Pfalz llenó otra copa de vino y se bebió su contenido, pero, en lugar de ingerirlo, se enjuagó la boca con sonoros borboteos. Finalmente,

se acercó a la chimenea y espurreó el vino hacia las llamas.

—Si encontrase al autor de la broma, juro que le hacía tragarse todos esos filetes —masculló, colérico.

—Señor Pfalz, ¿cómo sabía usted que se trataba de carne de lobo? —preguntó Wanderer.

—La probé una vez y no puedo olvidar su sabor. Unos amigos me gastaron, una jugarreta en una excursión de caza… En fin, veo que tendré que contentarme con pan y vino para cenar.

Comió un par de rebanadas y bebió otras dos copas. Su cara empezó a ponerse colorada.

—No sean remilgados. —Dijo, sonriendo casi con desprecio—. El pan y el vino pueden llenar la tripa perfectamente… —Eructó con gran ruido y llenó la copa una vez más—. Bueno, estoy cansado y arriba hay habitaciones de sobra, así que les dejo solos, tortolitos.

Pfalz agarró la escopeta y se dirigió a la escalera con paso no muy firme. Wanderer decidió probar el vino momentos más tarde y lo encontró bastante agradable.

—Dieter, estoy muy impresionada —confesó la muchacha—. ¿Dónde están los habitantes de esta casa? ¿Por qué no sale nadie a recibirnos?

—Por la sencilla razón de que el único habitante se ha ido ya a dormir —contestó él.

—¿Pfalz?

—Sí. Trató de esquivarnos, pero, o se dio cuenta de que no lo conseguiría o quiso desempeñar una comedia. Por si llegábamos, preparó la cena y hasta fingió que la carne que comía era de lobo.

Venciendo su repugnancia, Ulrika trató de cortar un filete con la ayuda del cuchillo y el tenedor. La carne era dura, correosa y de fibras muy largas.

—Puede que no sea de lobo, pero lo parece —dijo lanzando los cubiertos sobre la mesa—. Por si acaso, no la probaré.

—Entonces, siga el consejo de Pfalz: pan y vino —dijo él.

—¿Y ahora? —preguntó Ulrika minutos después, cuando hubieron restaurado en parte sus fuerzas.

—Ahora, a buscar un lugar donde pasar la noche tranquilamente.

Wanderer agarró uno de los candelabros con la mano izquierda. En la derecha llevaba la escopeta. Ulrika se pegó a él

temerosamente.

—Dormiremos en la misma habitación —propuso—. Si es preciso, traeremos un colchón de otro dormitorio, pero yo no me separo de usted por nada del mundo.

—Muy bien —accedió Wanderer.

Entraron en un gran dormitorio. Los muebles eran viejísimos, pero todo parecía en orden. De repente, Ulrika lanzó una exclamación:

—¡Mire!

Wanderer se detuvo en el centro de la estancia. Colgado del muro, había un cuadro, de tamaño natural, en el que aparecía un hombre muy elegante, vestido a la moda de cien años antes. Estaba apoyado en una columna estriada, con capitel, fuste y pedestal, y en la, mano izquierda sostenía negligentemente el guante de la derecha, un sombrero de copa y un bastón con puño de oro.

—Es increíble —murmuró Wanderer.

Tanto el uno como la otra tenían motivos más que sobrados para sentirse estupefactos, porque el hombre del retrato tenía un asombroso parecido con Dieter Wanderer.

El joven se acercó al cuadro. Al pie divisó una. Leyenda: Hans Peter von Hoffer.

—¿Su… su antepasado? —murmuró Ulrika.

—No —respondió él con firmeza—. Simple casualidad. Conozco bien mis antecedentes familiares y no tengo la menor duda sobre mi origen.

* * *

Ulrika dormía agitadamente. De cuando en cuando, pronunciaba en sueños algunas frases incoherentes.

Un lobo aulló a lo lejos, en el bosque. Tendido en el colchón que había traído de otra, estancia, Wanderer se incorporó sobre un codo y escuchó atentamente.

Una tabla crujió en el pasillo. Wanderer se puso las botas en silencio y se levantó. Con la escopeta en la mano, se acercó a la puerta, abriéndola poco a poco.

Los peldaños de la escalera crujían levemente. Wanderer se atrevió a abandonar el dormitorio.

Asomó la cabeza sigilosamente. Pfalz había llegado ya al amplio

vestíbulo. Se acercó a un enorme arcón, situado al pie de un desnudo muro de piedra, y levantó la tapa.

Luego entró, en el arcón. Wanderer se quedó estupefacto al darse cuenta de que era el arranque de una escalera que conducía a un lugar situado bajo el suelo de la gran sala.

Descendió paso a paso. En la mesa, ardían todavía las cuatro velas que estaban encendidas a su llegada, aunque casi consumidas.

Paso a paso, se acercó al arcón. Pfalz había dejado la tapa abierta, seguro de sí mismo.

Wanderer se inclinó. Había luz en aquella cripta, pero, dada su situación, no podía ver apenas lo que se hallaba en su interior.

Abajo sonó una risita siniestra. Wanderer oyó un extraño tintineo. De pronto, una mano blanca, fina, de largos dedos rematados en cinco uñas rojas, se apoyó sobre la que él tenía puesta en el borde exterior del arcón.

* * *

La mano estaba helada. Wanderer se volvió bruscamente. A duras penas contuvo una interjección.

—¿Qué diablos hace aquí? —masculló.

—Si le he asustado, perdóneme… Me desperté, vi que estaba sola y dejé el dormitorio… —Los dientes de Ulrika castañetearon un momento, pero ella hizo_ un esfuerzo y apretó las mandíbulas—. ¿Qué hay allá abajo? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé, pero ahora mismo vamos a verlo. Sobre todo, no haga ruido, ¿comprendido?

—Sí, Dieter.

Wanderer entró en el arcón y puso el pie en el primer peldaño. Ulrika le siguió a continuación.

La escalera terminaba junto a una gruesa columna, que con otras varias formaba parte del sistema de sustentación de la bóveda. Wanderer y Ulrika se apostaron detrás de la columna, para contemplar con ojos incrédulos el indescriptible espectáculo que se ofrecía ante ellos.

Había siete ataúdes, sobre sendos túmulos, todos ellos ocupados por mujeres jóvenes y muy bellas, sumariamente vestidas con unos ropajes muy transparentes que permitían apreciar la perfección de sus formas. Asombrado, Wanderer se preguntó cómo podía haber

siete muchachas, cuando sabía que las queridas del barón no habían pasado de seis.

Ello no parecía importarle mucho a Pfalz, quien estaba sumamente ocupado arrancando joyas de las gargantas y muñecas femeninas. Valiosos collares y pulseras de gran valor, así como sortijas y pendientes iban cayendo en el saco que tenía en la mano izquierda.

De repente, un pendiente se resistió. Pfalz lo arrancó de un tirón, rasgando el lóbulo de la oreja a la cual se hallaba sujeta. Estupefactos, Wanderer y Ulrika vieron brotar sangre de la herida.

Pfalz lo vio también y dio un paso hacia atrás. Había palidecido horriblemente, pero, de pronto, recobrándose, dio media vuelta y corrió hacia la escalera, sin cuidarse en absoluto del candelabro que había llevado consigo.

El ladrón huyó hacia arriba con su botín. Wanderer y la muchacha se esforzaron por no ser vistos. Ahora comprendían los motivos de las reticencias de Pfalz. El hombre sabía que había un tesoro en Schwarzhaus y no quería compartirlo con nadie y menos que aún se conociera la existencia de aquel fantástico botín.

De repente, se oyó arriba un grito de furor:

—¡Apártate, bruja!

Al grito siguió el más extraño sonido que Wanderer y Ulrika hubieran soñado en escuchar jamás: el chasquido de un látigo.

Pfalz aulló de dolor. El látigo restalló de nuevo.

Los gritos que daba Pfalz eran indescriptibles. De repente, por encima de sus voces de insuperable sufrimiento, se oyó otro de mujer:

—¡Perras, subid, la comida os espera!

CAPÍTULO XI

Aterrados, Wanderer y la muchacha vieron que las mujeres, casi de repente, se incorporaban en sus féretros y corrían escaleras arriba, gritando y riendo desenfrenadamente.

—¡Comida, comida! —aulló una.

—¡Carne, carne, carne…!

Wanderer se creía hallar en el centro de una espantosa pesadilla. Como en un sueño, vio desfilar a aquellas hermosas arpías a pocos pasos de distancia, emitiendo en ocasiones sonidos que nada tenían de humanos. En algunas de las bocas femeninas vio unos colmillos de espantables dimensiones.

Súbitamente, reconoció a una de las mujeres.

Nunca la había visto hasta entonces, pero sí contemplado su rostro en fotografía. Nina Wangehl, la prometida de su amigo Emil, formaba parte de aquella feroz jauría de mujeres ávidas de un festín macabro.

Ulrika se estremecía convulsivamente. Wanderer la agarró por un brazo y apretó con fuerza.

—Por lo que más quieras, no grites —dijo, tuteándola inconsciente, pero con la suficiente serenidad para no alzar la voz.

Arriba seguían oyéndose los horribles gritos de Pfalz y de la mujer que lo azotaba despiadadamente. Las mujeres aullaron al llegar a la sala.

—¡Fuera, fuera! —gritó la mujer.

Los chillidos de Pfalz se hicieron insoportables. De pronto, se oyó un fuerte estruendo en el techo de la cripta.

Wanderer miró hacia arriba. La tapa del arcón se había cerrado de golpe.

Ahora podrían abandonar el subterráneo, se dijo. Pero, de pronto, oyó unos ruidos y gruñidos espeluznantes fuera de la casa, y

se dio cuenta de que había una ventana para aireación, situada a nivel del suelo exterior.

Corrió hacia la ventana. Estaba a bastante distancia del suelo de la cripta, pero solucionó el problema con la ayuda de un viejo taburete, al que se encaramó sin vacilar.

Había luz en el exterior, procedente de la luna. Wanderer presenció una escena horrible, que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Siete mujeres, completamente desnudas, se agitaban ferozmente sobre el cuerpo de un hombre tendido en el suelo, ya completamente inmóvil. Eran siete fieras que devoraban a su presa con demoníaca satisfacción.

Más allá, en la linde del claro, Wanderer divisó una serie de puntitos rojillos, por parejas, completamente inmóviles.

—Los lobos esperan su parte del festín —murmuró.

De pronto, sintió que tiraban del borde de su pelliza.

—Dieter, ¿qué pasa ahí afuera? —preguntó Ulrika con voz que apenas se podía escuchar.

—Más vale que no lo vea. Es demasiado horrible…

—El arcón no tiene puesto el cerrojo exterior —dijo ella—. He probado y la tapa cede.

—Buena idea —elogió él, a la vez que saltaba del taburete.

Debían volver al dormitorio antes de que regresaran aquellas fieras con figura humana. Wanderer subió corriendo Ja escalera y levantó poco a poco la tapa del arcón.

La sala estaba desierta. Terminó de levantar la cubierta y salió fuera. Inmediatamente, se situó junto al arcón, con la escopeta prevenida.

Nadie apareció en la sala. Fuera continuaban oyéndose aquellos horripilantes sonidos.

—Vamos, al dormitorio, Ulrika —dijo, cuando la muchacha hubo salido fuera.

Bajó la tapa del arcón. Corriendo, pero sin ruido, volvieron al dormitorio y cerraron la puerta.

Para mayor seguridad, ya que no había llave en la cerradura, Wanderer apoyó, inclinado, un viejo sillón en la puerta. Luego buscó su bolsa y destapó la cantimplora.

Sentada en la cama, Ulrika jadeaba.

—Estoy aterrada —confesó la muchacha.

Wanderer asintió.

—Lo que he visto parece sobrenatural…, pero debe de haber una explicación lógica —dijo.

Bebió después de Ulrika. El alcohol le reanimó un tanto. Luego, sintiendo renacer su curiosidad, se acercó a la ventana.

Las mujeres habían desaparecido. Los lobos auténticos ocupaban su puesto, afanándose en devorar los restos de Pfalz.

Exhausta, agotada, Ulrika se tendió en la cama. Wanderer le dio los restos del *brandy*. El alcohol, pensó, le haría conciliar un sueño bienhechor.

Minutos más tarde pese a sus temores, Ulrika se había dormido profundamente.

Wanderer se preguntó si las mujeres habrían vuelto a la cripta. De repente, sonó un largo aullido en el exterior de la casa.

Wanderer volvió a la ventana, felicitándose de que el *brandy* hubiera servido de narcótico para Ulrika. Miró a través de los cristales.

Sentada sobre sus patas posteriores, había una enorme loba blanca, llamando a sus congéneres. El aullido se repitió.

Los lobos fueron acercándose al claro. Uno o dos intentaron pelearse, pero la loba los separó con un par de zarpazos. Luego, de pronto, trotó internándose en el bosque.

Ululando siniestramente, los lobos siguieron a su reina.

En el suelo, delante de la casa, ya no había restos humanos, salvo una extensa mancha de color oscuro, de tétrico significado.

* * *

Wanderer trató de dormir un poco, pero le resultó imposible. Su sueño no pasó de una agitada duermevela, lo que le llevó a estar de pie cuando ya amanecía.

Ulrika continuaba dormida. Wanderer la miró y pudo apreciar que su sueño era bastante apacible. Era preciso tener en cuenta que, pese a todas las horribles escenas presenciadas, la muchacha había llegado casi sin fuerzas a Schwarzhaus.

Pero él quería saber algo más. Algunas cosas, lo admitía, podían ser sobrenaturales; sin embargo, otras, a la fuerza, debían de tener una explicación completamente racional.

Siempre con la escopeta en las manos, abandonó el dormitorio. Bajó peldaño a peldaño y se acercó al arcón.

La tapa estaba echada. Después de cerciorarse de que estaba solo, se dispuso a levantarla.

Entonces se dio cuenta de que algunos detalles habían sido alterados en el aspecto general de la estancia.

Los platos y cubiertos habían sido retirados. Las velas habían sido repuestas en el único candelabro que había quedado. En la chimenea, ardían agradablemente unos cuantos troncos.

¿Quién habitaba la casa? ¿Dónde estaba Andrea Hoffer?

¿Hoffer o von Hoffer?

La partícula nobiliaria era lo de menos, se dijo. Mucho más importante era saber si Andrea e Ilse eran una sola persona.

De momento, no podía resolver sus dudas. Pasó una pierna por encima del borde del arcón e inició el descenso.

Había dos ventanas alargadas, situadas a ras del suelo exterior, por las que entraba la luz. Sin embargo, eran lo suficientemente estrechas para que ninguna alimaña pudiera entrar en la cripta.

Siete mujeres dormían en sendos ataúdes. Todas tenían cruzadas las manos sobre el pecho y en siete bocas se divisaban siete leves sonrisas de satisfacción.

Lentamente, paso a paso, Wanderer se acercó al primer ataúd. En uno de sus costados había una chapa dorada con un nombre grabado en ella: Cleo Wackenstein.

El nombre correspondía a la lista que figuraba en el mapa de Neustadt. Un poco más allá, leyó otro nombre: Trude von Harbock.

De pronto, se estremeció.

La última placa era muy reciente, más brillante que las demás. El nombre de Nina Wangehl figuraba con letras que, por un instante, le parecieron de fuego.

Wanderer se inclino sobre el cuerpo de la que había sido prometida de su amigo. Tocó la carne, aunque fría, no poseía la frialdad característica de los cadáveres. Había una ligerísima tibieza en aquella piel de incomparable blancura, en cuyos miembros se advertía la turgencia propia de un cuerpo lleno de vida, aunque en inactividad por el momento.

En la oreja izquierda divisó la herida causada por el tirón que Pfalz había dado para apoderarse del pendiente. Fascinado,

Wanderer observó que todas las jóvenes llevaban puestas de nuevo las joyas que Pfalz les había arrebatado por la noche.

Durante unos momentos, permaneció inmóvil, como paralizado por el horror. Luego, empezó a pensar en la manera de salir de allí.

Recordó viejas historias sobre licantropía, sobre personas que se transformaban en lobos… Mordían a otros y éstos, a su vez, se transformaban en lobos durante la luna llena. ¿Sucedía eso en Schwarzhaus?

¿Eran todas aquellas muchachas unos licántropos, en poder de una cruel reina de los lobos, una diablesa llegada al mundo sólo para causar el mal a otros seres?

De repente, divisó algo que le había pasado desapercibido la noche anterior. Era la tapa de madera de un pozo, situado en uno de los ángulos de la cripta.

El pozo era bastante ancho, pero la tapa podía girar por la mitad, gracias a las bisagras de que estaba provista. Wanderer se acercó al pozo, levantó media tapa y miró hacia abajo.

Un estremecimiento de indescriptible horror recorrió su cuerpo al contemplar aquel espantoso amontonamiento de huesos, que llenaban el pozo casi por completo, Blancas calaveras, algunas de ellas, sin embargo, todavía con restos de cabellos, le miraron como burlándose de su pánico.

También divisó algunos jirones y harapos de ropas masculinas. Vio trozos de un par de uniformes y supo que tenía a la vista los esqueletos de los dos oficiales ingleses que se habían perdido en Kirsonfeld muchos años antes.

Mareado, enfermo, lleno de asco y horror, tapó el pozo nuevamente y emprendió el camino de vuelta.

Llegó a la sala y bajó la tapa del arcón. Cuando se acercaba a la mesa, vio que había servicio para uno.

De repente, oyó una voz cascada:

—¡Buenos días, señor; le traigo el desayuno!

* * *

Wanderer se volvió, como impulsado por un resorte. La anciana llegó junto a la mesa y depositó en ella la bandeja.

—Siéntese, por favor —dijo.

Wanderer obedeció maquinalmente.

—Usted es la señora von Hoffer —murmuró.

—Andrea, por favor, llámeme Andrea —indicó ella—. Ah, y olvídese del «von»; en esta época, los tratamientos nobiliarios no significan nada.

—Señora, anoche cuando llegamos, usted no estaba…

—Soy ya muy vieja y me retiro pronto —explicó la mujer—. Pero siempre espero algún huésped y por eso dejo la mesa preparada.

—Con carne de lobo como plato fuerte.

—En estos parajes, no es fácil encontrar carne. Era un lobo muy joven; su carne estaba tierna, créame.

Wanderer miró el contenido de su plato: sopa de pan, con abundante mantequilla y alguna verdura. La cafetera parecía llena y dejaba escapar algo de vapor por el pitorro.

Había, además, azúcar y mermelada, y un trozo de manteca para untar en las rebanadas de pan. Podía no ser un desayuno selecto, pero tenía buen aspecto sin duda.

Andrea le miraba con curiosidad.

—¿No quiere comer? —preguntó.

En aquellos momentos, Wanderer se acordaba del horrible festín de las mujeres-lobas. Hizo un esfuerzo y trató de apartar de su mente aquellas desagradables imágenes.

—Andrea, ¿vive usted sola en la casa? —preguntó.

—Sí, señor.

—Pero… ¿es usted la baronesa?

Ella soltó una risita extraña.

—Sólo soy su hija. Cuando tenía dos años, me enviaron fuera, a un colegio caro. Más adelante, al crecer y convertirme en una mujer, tuve que volver a Schwarzhaus. Era la única solución que quedaba; mis padres habían muerto y yo no tenía dinero.

—Comprendo. Andrea, ¿sabe que esta casa tiene una fama pésima en Bawurass?

—Esos ignorantes aldeanos… —rió la vieja despectivamente.

—Pero anoche yo vi lobos, Andrea.

—Claro, Abundan en el bosque. Por eso cierro bien la puerta de mi cuarto durante la noche. Y aunque no cierre con llave la puerta de la casa, el picaporte es resistente. Los lobos no entran aquí, téngalo por seguro.

—Sí, claro…

—¿Más café? —dijo Andrea.

A la vez que hablaba, agarró el asa de la cafetera. Wanderer pudo apenas contener un grito de asombro.

La mano que sostenía la cafetera era blanca, lisa, sin la menor señal de arrugas. Aquella mano, se dijo, no correspondía a una mujer de más de ochenta años.

—Gracias, Andrea —murmuró, mientras trataba de poner en orden el torbellino que era su cerebro.

—Con su permiso, señor, tengo trabajo en la casa…

Andrea se alejó, caminando dificultosamente. Wanderer sorbió pensativamente el café.

Ulrika tenía que saber lo que ocurría, se dijo. Pero encontró extraño que Andrea no hubiese mencionado para nada a la periodista.

Terminó de desayunar y cogió la escopeta. Lentamente, con aire natural, subió al dormitorio y abrió la puerta.

Lo primero que vio fue una cama vacía.

CAPÍTULO XII

Durante un segundo, Wanderer se negó a creer en lo que estaba viendo. Luego, la comprensión acabó por entrar en su mente.

Ulrika no estaba. ¿Se había ido por su propia voluntad o se la habían llevado?

Dada la antigüedad del edificio y la falta de modernización de sus instalaciones, no había cuarto de baño individual. Wanderer, sin embargo, sabía que había uno al final de aquel corredor. Sin pensárselo dos veces, saltó hacía adelante, alcanzó la puerta del baño y la abrió, sin llamar, dejando de lado cualquier consideración.

Pero Ulrika tampoco estaba allí. Desconcertado, y también angustiado, trató de pensar en el lugar posible en que ella debía de encontrarse en aquellos momentos.

Y, sobre todo, ¿cómo se había producido la desaparición?

Tras unos segundos de indecisión, giró sobre sí mismo. Entonces vio una cosa blanca que desaparecía por la puerta del dormitorio.

Corrió hacia allí. Aquella cosa blanca era, sin duda, la parte inferior de una prenda femenina. Abrió la puerta y vio a la mujer en el interior de la estancia, en pie, arreglándose el pelo ante un espejo de gran tamaño.

Ahora Andrea se había transformado en Ilse, tan hermosa como la había conocido apenas dos semanas antes. A través de los velos blancos, se divisaban los contornos de su escultural silueta.

Wanderer avanzó un paso. Su imagen se reflejó en el espejo.

Ilse sonrió.

—Entra, querido; no te quedes ahí, como un extraño —dijo—. A fin de cuentas, tienes derecho a permanecer aquí.

—Ilse, quiero que me digas una cosa…

—¿Es necesario que tengas la escopeta en las manos para

conversar conmigo?

—Dejemos esto a un lado, Ilse —gruñó él—. Quiero saber una cosa.

—¿Sí, cariño?

—¿Dónde está Ulrika Metzenn?

Ella suspendió un momento el cepillado de su pelo. Sus ojos despidieron chispas de cólera, que Wanderer apreció a través del espejo.

—¿Te interesa mucho esa joven? —preguntó Ilse.

—Sí.

—Claro, cualquiera te interesa más que yo, ¿no es cierto?

—Ilse, por favor…

La mujer se volvió de pronto.

—Está bien, no te preocupes por ella —dijo.

—¿En la cripta?

Ella, sonrió.

—¿Por qué iba a llevarla a un lugar tan frío? —dijo—. Pero no podía consentir que continuase ocupando esta habitación.

Ilse parecía sincera, se dijo Wanderer. Por otra parte, Ulrika tenía que hallarse a la fuerza en una de las habitaciones del piso superior. De cualquier modo, él tenía que haberla visto, si la muchacha hubiera bajado a la planta o a la cripta.

—Está bien —murmuró™. Dejemos esto por el momento.

—Sí, dejémoslo. —Ilse avanzó ondulando sinuosamente hacia él —. ¿No te gusto, querido? ¿No me encuentras hermosa y deseable?

Wanderer titubeó. A decir verdad, Ilse estaba más bella que nunca, espléndida en su plena madurez física, con los labios rojos, estallantes de vida, y los largos cabellos, sedosos y negros como ala de cuervo, cayendo en brillante catarata hasta casi el final de la espalda.

—Eres preciosa —sonrió.

Ilse le abrazó impulsivamente.

—Repítelo otra vez, querido, repítelo —pidió con voz ardorosa —. Dime que me encuentras bella… más hermosa que ninguna de las otras…

De repente, Wanderer creyó intuir la verdad. O, por lo menos, parte de la verdad.

—Ilse, eres realmente hermosísima, pero…, pero me gustaría

hablar contigo muy seriamente —dijo.

Sin romper el abrazo del todo, ella se separó un tanto y le miró con sorpresa.

—Hablar, ¿de qué, Hans Peter? —inquirió.

Wanderer maldijo para sí. Aquella loca le confundía con el hombre del retrato, dado el extraordinario parecido, enteramente debido a la casualidad. Pero, al mismo tiempo, ella se creía la difunta esposa del barón von Hoffer, aunque en aquellos instantes usaba uno de sus nombres y no el primero.

—Voy a pedirte un favor —dijo, esforzándose por mantener la serenidad—. Sólo quiero que me contestes a una pregunta con absoluta sinceridad. Después… haré todo lo que me pidas y, si así lo deseas, no me separaré jamás de tu lado. ¿Has entendido?

Los ojos de Ilse despidieron chispas de alegría.

—¿Te tendré siempre conmigo?

—Sí.

—Bien, entonces, pregunta…

—Quiero ver a Ulrika. Escúchame bien, sólo quiero verla y cerciorarme de que no le ha ocurrido nada malo. ¿Comprendes?

—Claro, cariño. —Ilse sonrió—. Está en la habitación contigua. Le di un narcótico y ahora duerme profundamente.

—¿Narcótico o veneno? —se alarmó él.

—Por favor, Hans Peter…

—De acuerdo. Espérame un instante; volveré en seguida.

Wanderer salió de la estancia, sin olvidar la escopeta un solo instante. Por nada del mundo hubiera abandonada el arma mientras estuviese en Schwarzhaus.

Entró en el otro dormitorio. Ulrika dormía apaciblemente, con las manos cruzadas sobre el pecho. Wanderer se cercioró de que respiraba con toda regularidad, después de lo cual, consideró conveniente cubrir a la muchacha con una manta, para evitarle los perniciosos efectos del frío en una estancia sin calefacción. Por otra parte, no sabía cuánto duraría la acción del narcótico.

Al salir, observó que había una llave en la puerta. Cerró y la guardó en un bolsillo.

Regresó a la otra habitación. Apenas cruzó el umbral, se detuvo como herido por el rayo.

Ilse creía que admiraba su belleza. No era así.

Ella se había quitado el peinador y llevaba puesto solamente una especie de camisón tan espeso como una tela de araña, sujeto a sus blancos hombros por dos delgados tirantes. Los brazos, por tanto, quedaban al descubierto.

En el brazo izquierdo, más arriba del codo, había un vendaje que denotaba una herida reciente. Wanderer no pudo por menos de acordarse de la puñalada que Neustadt había asestado a la loba que le había matado.

* * *

—Entra, no te quedes parado —dijo Ilse con su voz más dulce.

Wanderer tragó saliva. Cerró con la mano izquierda y avanzó titubeante hacia ella.

¿Era realmente una mujer? ¿O una fiera que podía adoptar a voluntad las formas de mujer y de lobo?

Ilse le abrazó de nuevo.

—¿Te quedarás aquí, amor mío? —preguntó.

—Sí…

—¿Para siempre? —susurró ella, mientras frotaba su mejilla contra la del hombre a quien abrazaba ardorosamente.

Wanderer se sentía terriblemente conturbado. Ahora ya no le cabía la menor duda de que Ilse estaba loca. Incluso cabía la posibilidad de que tal locura la hubiera exacerbado él involuntariamente, por su extraordinario parecido con el difunto barón von Hoffer.

Y ella, ¿cómo había llegado a creerse la esposa del barón?

—Siempre a mi lado, querido —dijo Ilse, acariciándole suavemente la cara—. Soy joven, hermosa… Olvida a las demás mujeres; yo te daré siempre mi amor…

«Era preciso seguirle la corriente», pensó Wanderer. Ya buscaría el modo de salir de Schwarzhaus y volver con personal competente para internar a Ilse en algún establecimiento psiquiátrico.

Dominando sus aprensiones, la besó. Ella correspondió a la caricia con labios llenos de fuego pasional.

Una de las manos de Ilse se deslizó acariciadoramente bajo la camisa del joven. De pronto, tropezó con un pequeño bulto.

—¿Qué es esto? —preguntó, sorprendida.

—Oh… No tiene importancia, querida…

Ilse tanteó la redoma con dos dedos.

—¿Una joya? —preguntó.

—No… Déjalo, no te preocupes.

—Hans Peter, no quiero que regales joyas a las otras. Enséñamela, ¿quieres?

—Está bien —susurró Wanderer.

Y, sin descolgarla de su cuello, sacó la redoma a la vista.

—Agua bendita —dijo.

Ilse retrocedió bruscamente.

—¡Maldito! ¿Me consideras una diablesa? —gritó con voz destemplada.

—Ilse, por favor…

—¡Quítate eso inmediatamente! —ordenó ella.

—Pero, Ilse…

—Si me quieres, haz lo que te digo. Es lo que me faltaba por saber de ti.: un hombre despreciablemente supersticioso. ¿De dónde te has sacado esa absurda idea, Hans Peter?

Wanderer se hartó. Aquella pobre loca, se dijo, debía conocer la verdad. Tenía que desengañarla, costase lo que costase. No podía continuar la ficción ni un minuto más. Resultaba insoportable.

—Ilse, ¿de veras crees que soy tu esposo, el barón?

—Claro —contestó ella—. Has estado mucho tiempo ausente, pero, al fin, has vuelto.

—¿De veras lo piensas así?

—¿No me oyes? ¿Hablo algún idioma ininteligible?

—Ilse, respóndeme a una pregunta: ¿recuerdas el pintor a quien fuiste a visitar en Hannover hace dos semanas?

Ella se pasó una mano por la frente.

—Se te parece mucho a ti…

—Yo soy ese pintor. Mi nombre no es Hans Peter von Hoffer.

Ilse le miró, incrédula.

—Mientes —dijo.

—Es la verdad. ¿Acaso no recuerdas el aviso que me dejaste en la pared de mi estudio? ¿No recuerdas la otra advertencia escrita en mi dormitorio de la posada de Hofburg?

—Yo…, yo no quería que vinieras… Tenía celos de las otras… Temía la belleza de esas mujeres… Pero si tú aseguras que sólo me amas a mí, entonces…, la cosa es distinta…

«En la mente de Ilse había una terrible confusión», pensó Wanderer. Una coexistencia de dos personalidades, que la habían llevado a aquel deprimente estado psíquico.

—¿Quién te hizo la herida? —pregunto.

—No lo sé… No lo recuerdo… Sangraba y me puse la venda…

—¿Era Ilse un licántropo, un ser humano que se convertía en lobo al llegar la luna llena? Y si lo era, ¿olvidaba aquella horrible transformación al recobrar su forma humana?

—Estás herida —dijo—. Lo mejor será que vaya a buscar a un médico.

—Pero, si no es nada…

—Además, apostaría algo a que no has dormido en toda la noche.

—Sí, eso es verdad —reconoció ella con ingenuidad que sorprendió al propio Wanderer.

—Muy bien, échate en la cama. Iré a buscar a un médico y te curará la herida adecuadamente. No podemos correr el riesgo de una infección. —Le besó el blanco brazo—. Si lo perdieras…, sería horrible…

Ilse sonrió complacida.

—Pero vuelve pronto, por favor —rogó.

—Descuida, querida —contestó él.

CAPÍTULO XIII

Wanderer pasó rápidamente al dormitorio de Ulrika, después de haber comprobado que Ilse se tendía en la cama. La muchacha seguía durmiendo y la sacudió con fuerza para despertarla.

Era imperativo salir de la casa. Ahora ya conocía la verdad; Ilse era una pobre loca que creía ser la difunta baronesa. Wanderer pensaba también en las mujeres que dormían en la cripta, y en las misteriosas muertes que se habían producido, pero, se dijo, eran unos enigmas que recibirían la oportuna aclaración en el momento debido.

Torpemente, Ulrika, con los sentidos aún embotados, empezó a abrir los ojos. Wanderer la obligó a ponerse en pie y la abrigó con su chaquetón. Luego, sujetándola por la cintura con un brazo, empezó a caminar hacia la puerta.

Ulrika apenas si podía tenerse en pie. Wanderer se esforzó por sostenerla, pero, al mismo tiempo, quería evitar todo ruido que pudiera alertar a Ilse.

Con más lentitud de la deseada, llegaron a la sala. Entonces, Ulrika se desplomó al suelo.

Desesperado, Wanderer se dio cuenta de que no podían caminar por el bosque en semejantes condiciones. De pronto, se le ocurrió la idea de que tal vez en la cocina podía encontrar algo que despejase a la muchacha por completo.

Colgándose la escopeta del hombro, cargó con ella y se encaminó a la cocina, que encontró bastante desaseada y en mal estado. Pero había un fuego en el que todavía quedaban unas brasas.

Ulrika fue a parar a una silla, que él situó en un rincón, a fin de que pudiera descansar con más comodidad. Luego se dirigió al fogón y arrojó algunas astillas.

Inmediatamente, puso al fuego una cafetera con agua. Luego empezó a buscar por los armarios.

De pronto, encontró algo que le dejó perplejo.

Había una máscara, con abundante pelo blanco, que representaba la cara de una mujer muy vieja. Igualmente encontró unos ropajes que conocía muy bien, por haberlos visto sobre el cuerpo de Andrea.

Ya no cabía la menor duda sobre la locura de Ilse. A veces creía ser la difunta esposa del barón, pero joven y hermosa y, en ocasiones, creía tener la edad de Andrea, para lo cual, su mente desvariada, completamente desquiciada en ocasiones, la hacía, disfrazarse de vieja centenaria.

Dejó el disfraz a un lado y continuó buscando. Encontró café por fin y preparó la infusión.

Ulrika empezó a despejarse al cabo de unos minutos, cuando hubo tomado un par de tazas de café, puro y muy fuerte. Wanderer, además, mojó su rostro repetidas veces con agua fría.

Él mismo tomó café, para entonarse. Sentíase nervioso; la parada en la cocina les había costado al menos media hora.

—Ulrika, ¿estás lista?

—Sí.

Había aún cierta inseguridad en la voz de la muchacha, pero Wanderer comprendió que ella terminaría de despejarse cuando sintiera el frío exterior. De repente, oyeron el aullido de un lobo.

Ella se estremeció.

—Dieter, no podremos irnos —dijo.

—Probaremos —contestó él, resuelto—. Anda, vamos.

Salieron de la cocina y cruzaron la sala. Al abrir la puerta, Wanderer se detuvo como herido por un rayo.

Había más de treinta lobos afuera, inmóviles, esperando pacientemente, en semicírculo, a pocos pasos de la casa. El aspecto de las fieras era terrible.

La amenaza de treinta fauces armadas de colmillos que parecían de hierro llenó de pánico a Wanderer. Arriba, de pronto, resonó un espantoso aullido.

Wanderer cerró la puerta de golpe y colocó la tranca para asegurar que las fieras no romperían la madera.

—Ulrika, los postigos, pronto.

Ella, súbitamente despejada por el peligro, corrió a cerrar los postigos de las ventanas. Casi en el mismo instante, los lobos se abalanzaron sobre la casa, aullando espeluznantemente.

Las uñas de las patas rompieron los cristales y empezaron a rasgar la madera. Arriba, en algún lugar de la casa, volvió a sonar aquel horripilante aullido.

Wanderer sintió que la frente se le inundaba de sudor frío.

—¡La reina de los lobos llama a sus súbditos! —dijo.

El aullido inundaba toda la casa con sus tétricas notas. De pronto, Ulrika lanzó un agudísimo grito:

—¡Dieter, arriba!

Wanderer se olvidó por un momento de la amenaza exterior. Giró sobre sus talones y creyó soñar al ver la enorme fiera, de pelaje gris blanquecino, que se hallaba en el arranque de la escalera.

Era la reina de los lobos, no cabía la menor duda. Ululó una vez más y afuera se oyó un coro ensordecedor de furiosos aullidos.

Wanderer extendió el brazo izquierdo.

—Ulrika, detrás de mí —dijo.

La cola de la loba se movía lentamente, indicio de un próximo ataque. Wanderer se preguntó si tendría la puntería suficiente para abatir a la fiera antes de que les causara algún daño irremediable.

Súbitamente, Ulrika, en voz baja, dijo:

—Dieter, mira, tiene una pata vendada.

Wanderer se quedó estupefacto. ¿Quién había colocado el vendaje en la pata de la loba? ¿No era el mismo que había visto poco antes en el mórbido brazo de Ilse?

Más cristales de las ventanas saltaron hechos pedazos, aunque los postigos resistieron. Pero se oía claramente el ominoso fragor de dientes y uñas de las fieras, tratando de romper la protección de la madera para penetrar en el edificio.

Bruscamente, la loba se lanzó al ataque.

Horripilantes gruñidos brotaban de su roja garganta. Bajaba dando saltos enormes, de tres y cuatro metros de longitud, y en sus rojas pupilas brillaba un humano sentimiento de odio diabólico.

Wanderer se apartó a un lado. Ulrika quiso: seguirle y tropezó.

Un agudísimo grito de terror brotó de la garganta de la muchacha. Pero aquel gesto, providencialmente, hizo que la fiera errase su primer ataque.

La loba pasó por encima de ellos y se revolvió ferozmente. Wanderer giró también. En aquella brevísima fracción de segundo, pudo darse cuenta de que el ataque de la bestia iba dirigido contra Ulrika.

El giro le situó frente al animal. La escopeta tenía los cañones horizontales. Sin vacilar, apretó los dos gatillos.

Sonó una tremenda detonación. Una nube de humo azul brotó de las bocas de los cañones. Ulrika, caída en el suelo, vio a la loba a menos de cuatro pasos de distancia.

Un horrible grito de mujer fue la respuesta al estampido de la escopeta. Horrorizados, Wanderer y Ulrika se dieron cuenta de que aquel grito había brotado de las fauces de la bestia.

De súbito, la loba cayó al suelo.

En unos segundos, se convirtió en una mujer ante los ojos de la pareja. Wanderer pudo apreciar claramente las espantosas heridas que las postas habían causado en el hermoso pecho de Ilse.

Ella se movió un poco y gimió. Luego, de súbito, se quedó inmóvil, sobre un enorme charco de líquido.

De repente, se oyeron afuera una serie de disparos. Los lobos lanzaron aullidos de terror. Las detonaciones sonaban casi continuamente.

Wanderer se lanzó hacia una de las ventanas y abrió los postigos. Lleno de asombro, pudo ver un blindado ligero, todo terreno, ocupado por media docena de hombres armados de escopetas, que hacían fuego continuamente contra las fieras.

Algunos lobos cayeron. La mayoría, aterrados, escaparon hacia la protección del bosque.

Ulrika no lo pudo resistir más y se desmayó. Wanderer consideró oportuno sacarla de aquel horrible lugar.

En la puerta sonaron unos fuertes golpes.

—¡Abran, abran! ¡Soy el comisario Fahnenburg!

Wanderer levantó el travesaño que aseguraba la puerta. Luego se acercó a Ulrika y, alzándola en brazos, la condujo hacia el dormitorio del piso superior.

Por encima del hombro, dijo:

—Heinz, la periodista está solamente desmayada. Luego podrá proceder contra mí; confieso haber matado a Ilse Tsorwakopf.

* * *

Sin volver la vista una vez, inició el ascenso de la escalera.

La puerta del dormitorio se abrió. Fahnenburg cruzó el umbral.

—Ah, veo que esta encantadora muchacha ya se ha recobrado —dijo.

Ulrika, muy pálida, estaba en la cama, reclinada sobre unos almohadones, Fahnenburg avanzó hacia ellos con un frasquito de metal en las manos.

—Creo que les conviene un trago —sonrió.

—Sí —admitió Wanderer.

Después de beber, dijo:

—Su llegada ha resultado providencial. ¿Cómo se le ocurrió…?

—Empezamos a investigar —explicó el comisario—. Hacía ya tiempo que se buscaba a Ilse Tsorwakopf. ¿Saben?, estaba internada en un manicomio desde hacía unos años y se escapó.

—Pero ¿cómo pudieron saber que estaría aquí?

Cachazudamente, Fahnenburg empezó a cargar su pipa.

—Era nieta de Andrea Ilse Charlotte, Tsorwakopf de soltera, baronesa von Hoffer por su matrimonio —contestó—. Tal vez fue la herencia, pero el caso es que la actual Ilse acabó por enloquecer hará unos diez o doce años, cuando su esposo la abandonó. Por supuesto, conocía la historia de su antepasado, la baronesa, y ello influyó poderosamente sobre su demencia.

—Heinz, lo que Ulrika y yo hemos visto no siempre tiene una explicación racional —dijo el joven.

—Es cierto, y ya se habían producido las suficientes desapariciones como para pensar en Schwarzhaus —concordó el policía—. Pero fue la muerte de Kapp lo que nos dio la última pista. Lo que no me explico, sin embargo, es cómo pudo escapar de aquí.

—Era tremendamente robusto. Ni las fuerzas de una diablesa consiguieron detenerle. Pero…

—Creo que hay cosas que usted tampoco acaba de comprender, ¿no es cierto?

—Sí. La trasformación de Kapp en lobo durante unos momentos es algo que nunca acabaré de comprender —admitió Fahnenburg.

—¿Había oído hablar alguna vez de las joyas de las difuntas amantes del barón?

—No, pero me he enterado en Bawurass. Los hermanos Pfalz lo comentaron en alguna ocasión. Por lo visto, tenían planes respecto

a esas joyas.

—Están abajo, en la cripta.

—Sí, las hemos encontrado.

—Y habrán visto también el pozo lleno de esqueletos.

—Sí.

—¿Qué harán con las mujeres? ¡Están vivas, Heinz!

Fahnenburg dio un par de chupadas a su pipa.

—¿A qué mujeres se refiere usted, Dieter? —preguntó.

—Hay siete en sus respectivos ataúdes. Yo las vi anoche, devorando el cuerpo de David Pfalz. Ilse, transformada momentáneamente en su abuela, las azuzaba a latigazos.

—Si se creía ser la baronesa, parece lógico que tratara de vengarse de ese modo de sus antiguas rivales —concordó Fahnenburg—. Una venganza muy refinada, todo sea dicho.

—¿También tenía que vengarse de Nina Wangehl?

—Kapp había estado aquí y escapado. Por supuesto, debió de enterarse de que había muerto, pero ella quiso culminar su venganza trayendo aquí a una joven inocente.

—Nina está viva…

Fahnenburg se puso muy serio.

—Dieter, Ulrika, abajo, en la cripta, sólo hay siete lobas muertas —dijo sensacionalmente.

—¡Qué! —gritaron los dos al unísono.

—Cuando se sientan con fuerza para ello, bajen a comprobarlo por sí mismos. Cosa extraña, esas fieras muertas no ofrecían señal alguna de violencia y, tenían encima una valiosa colección de joyas muy antiguas.

Wanderer y Ulrika cambiaron una mirada.

Algo sobrenatural había ocurrido en aquella casa, algo que no comprenderían jamás, porque estaba por encima de sus propias fuerzas, de sus propias mentes.

—Heinz —dijo Wanderer, pasados unos momentos de silencio—, ¿cree usted en la licantropía?

—Sí.

El joven respingó.

—Usted es un policía, un hombre que sólo debe creer en lo que ve…

—Por eso precisamente, porque lo he visto —dijo Fahnenburg.

—Es decir, Ilse mordía a sus víctimas y éstas, si sobrevivían, podían transformarse en lobos.

—Incluso, desafiando las leyendas, durante el día.

La mano de Wanderer fue instintivamente hacia la redoma con el agua bendita que llevaba al cuello.

—Por tanto, piensa que Ilse, en ocasiones, también se transformaba en una fiera con figura de lobo.

—No sé si era herencia; recuerde que su abuela vino de una región del Nordeste, donde esas leyendas tienen una base de siglos. Pero en todo caso, y aunque luego no lo declare públicamente, creo que, sí, efectivamente, Ilse se convertía en loba.

El comisario contempló la cazoleta de su pipa y observó con disgusto que se le había apagado. Después de encenderla, miró a la pareja y sonrió.

—En fin, ustedes están a salvo, que es lo qué importa —dijo—. ¿Me invitarán a la boda?

—Ése es un tema que no hemos discutido —contestó el joven.

—Lo discutirán, se lo aseguro —vaticinó Fahnenburg.

—Más adelante —sonrió la muchacha.

Fahnenburg empezó a retirarse.

—Cuando estén listos, les devolveremos a Bawurass en el «todo terreno» —dijo.

—Espere un momento, Heinz —llamó Wanderer.

—Dígame, Dieter.

—Oiga, yo he disparado contra Ilse. ¿No va a proceder legalmente contra mí?

—¿Por qué? Ilse no está. Ha muerto.

—Pero Ulrika y yo vimos, abajo, en la sala…

La respuesta de Fahnenburg llenó de asombro a los dos jóvenes:

—Abajo, en la sala, sólo está el cadáver de una loba de color blanco.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.